

Don Pedro Rico, Alcalde de Madrid, habla a los pueblos hermanos de América

(Copia para LIBERACION)

Pueblos hermanos de América: Por la modestia de mi expresión váis a oír la voz de la vieja España en un momento solemne de su Historia, tan solemne quizá como aquel de las postrimerías del siglo xv, en que describiendo rutas en el mar, descubría tierras en el continente americano. Hoy abre los caminos de su espíritu y otea también horizontes lejanos para su liberación absoluta.

Hablo en nombre de la vieja España porque represento, por la voluntad popular, a su capital, al Madrid que luchó constantemente por todas las causas nobles, al que prestó su cooperación a todas las obras emancipadoras, al que no regateó nunca ni sacrificios ni heroísmos y que conocido es en el mundo por su nobleza e hidalguía.

No os voy a descubrir a nadie al deciros quiénes son los enemigos que frente a la República pelean. Conocidos son de todos nosotros. Cuando os digan que son la representación de España y de su Ejército, que pelean contra un Gobierno marxista, decidles que mienten, decidles que son la representación de la España cerril, de la España caduca, que pelea frente a la España joven, frente a la España que venía luchando desde el siglo xv hasta el momento actual por encontrar la hora de su liberación, y que por culpa de ellos marchó retrasada dos o tres siglos en el progreso del mundo. Son los que en la colonización americana dejaron aquel triste recuerdo que todos tendréis en el corazón y en el cerebro.

Ellos son los que en aquella época, representaban la oposición al espíritu liberal, que, nacido de los Fueros y de las Cartas Pueblas, habría de informar las Leyes de Indias. Los que luchan hoy frente a nosotros son los mismos que en el siglo xix se oponían a vuestra emancipación; los representantes de la España del tormento inquisitorial; los que llamaban filibustero a Pi y Margall cuando alzaba su voz de exaltado y puro patriotismo, para defender los derechos de las colonias americanas; los que defendían los intereses de los negreros frente al principio humano, moral y religioso, que concedía la libertad a todos los hombres.

Son, en una palabra, los que os quisieron aherrojar y sacudisteis su yugo, y los que a nosotros nos aherrojan todavía, a pesar de la expresión firme de la voluntad nacional, manifestada tres veces por el pueblo español en los comicios.

Estos generales, que se sublevan y sublevan a todo el Ejército y utilizan las armas que son de la nación y del Estado, para ponerlas frente al mismo Estado, ¿por qué no quieren que gobiernen los que tuvieron el voto popular? Porque no quieren que haya en España República, a pesar de que la República es el Gobierno más legítimamente constituido que ha reconocido la Historia; porque es el único que

nació sin el amparo de la fuerza, sin la protección de la violencia, el único que surgió simplemente victorioso de las urnas electorales.

Pues estos generales, que quieren oponerse al pueblo, no se sublevaron cuando el Ejército se derrumbaba en Monte Arruit, no sintieron el sonrojo de la vergüenza, cuando la vesania de un insensato, en complicidad con un rey perjuro, sojuzgaba la voluntad del pueblo e instauraba un Gobierno militar, que había de demostrar ante la Historia que los que eran incapaces para la guerra eran también incapaces para el Gobierno; y habían de dar cumplimiento a aquella frase, que era una profecía, de un político que tan poco dudoso puede ser en mis labios como D. Antonio Maura, cuando dijo: "Que gobiernen los que no dejan gobernar".

Los que no dejaban gobernar, gobernaron. Y lo hicieron con una dictadura, que no fué trágica porque fué, más que trágica, pintoresca. Y al caer lo hicieron con la execración española y con la risa universal.

La República fué pródiga con ellos; remedió los errores de la monarquía; aumentó sus pagas y sus prestigios; y, generosa, hidalga, como correspondía al pueblo español, les dijo: "El que no quiera servirla, apártese de ella, y allá va la paga íntegra para que no digáis que por haceros contrariar vuestra fe monárquica, cambiándola en fe republicana, os condenamos al hambre".

Hace tres años estaba en la jefatura del Estado Mayor Central el general Franco, jefe hoy de la sublevación. Pues este jefe de la sublevación, cuando se celebraron unas oposiciones de coroneles para ascender al generalato, fué el encargado de designar el tema. ¡Y el tema de las oposiciones era la toma de Madrid por columnas que vinieran de Extremadura y Andalucía!

Yo os he de referir episodios pequeños de estos momentos solemnes de la historia de Madrid. La he presenciado toda. Desde los balcones del Ayuntamiento recordaba yo las páginas de la Historia que había leído, y los hechos vividos por mí en contacto íntimo con el pueblo.

Al sentir el bombardeo del cuartel de la Montaña, y más lejano el estampido del cañón en Cuatro Vientos; al pensar que todo el Ejército de España se alzaba contra la misma España, me conmovía el entusiasmo de una multitud durmiendo en los peldaños de las escaleras municipales, en espera impaciente del momento en que una voz de mando reclamara cincuenta o cien hombres para pedir un sitio de combate y lanzarse a pelear alegre, cantando y vitoreando a la República, a la conquista del triunfo, de la muerte, pero también de la inmortalidad y de la gloria.

Hoy nos une a todos, hermanos de América, un grito, un deseo y un anhelo. Este grito, este deseo y este anhelo se traducen en algo que es simbólico para nosotros: República liberal, democrática. Por eso todos, socialistas, comunistas, republicanos, hombres liberales, lanzan, como síntesis de la aspiración de este momento histórico, un solo grito, que yo, en nombre de España, transfiero a esa América joven y fuerte, ligada a nosotros por vínculos de hermandad, por vínculos de la Historia, y a la que quiero llegar con el eco de nuestras viejas amistades y de la lengua inmortal de Cervantes, para pedirlos que gritéis con nosotros, lo que gritamos todos desde el corazón a los labios: ¡Viva la República democrática!

Madrid, 25 de agosto de 1936.

Palabras proféticas

“La Iglesia jamás deja de inculcar el acatamiento y obediencia debidos al Poder constituido, aun en los días en que sus depositarios y representantes abusen del mismo en contra de ella, privándose, de esta suerte, del más poderoso sostén de la autoridad y del medio más eficaz de obtener del pueblo la obediencia a sus leyes. Con aquella lealtad, pues, que corresponde a un cristiano, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho exista, y, dentro de la legalidad constituida, practicarán todos los derechos y deberes del buen ciudadano.”

A estas palabras de la pastoral publicada por todos los preladados españoles al advenimiento de la República, en 1931, añadía “El Debate”, con fecha 8 de octubre de 1932, estas otras de encabezamiento y comentario:

“Hemos sido y seremos los paladines de la lucha legal y del acatamiento a los Poderes constituidos. Ante todo, por razones morales. Respetamos otros criterios; pero nosotros creemos que la rebelión propiamente dicha es ilícita. Esta creencia encuentra firme e inequívoca corroboración en multitud de textos de León XIII. La pastoral colectiva de los preladados españoles, publicada precisamente a poco de instituida la segunda República, nos alecciona con la misma doctrina; y los preladados españoles, juntos en aquella declaración, para nosotros son la Iglesia. Por si alguien las olvidó repitamos sus palabras: que no admiten la sedición y el complot”.

Por si alguien las olvidó las repetimos: ante todo, por razones morales. Y preguntamos: ¿Cuál era, cuál es el Poder constituido en España cuando se produce el complot, la sedición, la rebelión armada que combatimos? ¿Cuál el poder civil que de hecho existe? ¿Cuál la legalidad constituida?

Los paladines de la lucha legal y del acatamiento a los Poderes constituidos. ¿qué se hicieron? Aquella lealtad que corresponde a cristianos, ¿en quiénes estuvo? ¿Quiénes han mentido? ¿Quiénes han traicionado?

De pie, en mi puesto, al lado del pueblo español, con el pueblo, con la verdad, estoy esperando la respuesta.

José Bergamín.

José Andrés Manso y la hora de la justicia implacable

Por MARGARITA NELKEN

(“Claridad”, Madrid, 15 de agosto de 1936)

¿Recuerdas, lector, el magnífico ejemplo de honradez política y de rectitud socialista dado por nuestro José Andrés Manso al pedir la anulación de las elecciones de Salamanca? Para que no prosperase el tráfico inmundo de los Gil Robles y Lamamié de Clairac, el diputado proletario ofrendaba su propia acta. La ofrenda fué estéril: los republicanos, que no ignoraban quién era Gil Robles ni lo que había detrás de la elección de Gil Robles, no sabían todavía que frente a un Gil Robles y a sus compraventas de conciencias no hay leguleyismo que valga. Hoy, tal vez, lo sepan. Pero hoy Gil Robles está en un lujoso palacete de Estoril, y a nuestro José Andrés Manso le han asesinado en Salamanca los que no podían perdonarle el haber entregado su vida a la redención de los campesinos esclavizados por los que ya eran, en esencia y en potencia, la canalla fascista, cuyos crímenes han ebierto, ¡por fin!, los ojos cerrados por el Alcubilla, su exégesis, sus resquicios y sus artimañas.

¡Nos le han asesinado! Como a tantos otros, dirán algunos. Cier to que el caído anónimo tiene el mismo valor de holocausto a la causa de la civilización que la víctima cuyo nombre “suene” más. Pero el asesinato de Manso y sus circunstancias cobran fuerza de símbolo, porque ninguno quizás tan demostrativo de la venganza, fruto de la rabia impotente de los que se saben vencidos. Nunca como ahora está próximo el despertar total de las masas miserables del agro castellano; nunca como ahora fué inminente la desaparición definitiva, del mapa de España, de ese chancro latifundista, frailuno, clerical y usurero, que durante siglos y siglos ha tenido a millones de seres aherrojados en su analfabetismo y su hambre, para mayor gloria de una Iglesia al servicio de todo lo degenerado; y para mayor provecho de una minoría, síntesis de toda podredumbre moral, física y espiritual, al servicio de un fanatismo de cafres, sin nexo alguno con ninguna norma de religión de pueblo civilizado.

Para unos y para otros, José Andrés Manso significaba la nueva aurora del campo salmantino. Los usureros e inductores de asesinatos del Bloque Agrario, que al iniciar nuestro camarada, hijo de humildísimos obreros, su brillante carrera de abogado apresuráronse a ofrecerle ese puesto de “secretario” que él rechazó con desprecio, conocían desde entonces, desde los primeros pasos del que había de ser, en todos los órdenes, defensor de los campesinos expoliados, su temple indomable. Gil Robles, que recogió anheloso y servil el cargo que Manso había despreciado, sentía frente a éste no sólo la enemiga

hacia el adversario que poco a poco le iba acorralando, poniendo a descubierto sus vilezas, su pobreza moral, sino el odio hacia el luchador independiente, cuya misma independencia era una continua bofetada a su condición de "vendido", de lacayo de los que pagan bien; y los míseros, los del espinazo doblado sobre el surco, de sol a sol, por nueve o diez reales; los que hemos visto llenar a todas horas la casa, la escalera, el portal del hogar de nuestro gran camarada, bien sabían —ellos mejor que nadie— que en ese hombre de pequeña estatura, de ojos y ademanes vivos, hallaban siempre el apoyo, el consejo, la defensa y hasta el consuelo de una cordialidad sincera, espontánea, sin afectación.

Sí, era natural que lo matasen. Por envidia, por venganza y por temor. Por cuanto ha hecho y por cuanto podía hacer. Pocas semanas atrás, disfrutando con mis hijos de la hospitalidad que tan generosamente brindaba, pudimos ver de cerca lo que significaba Manso en Salamanca. "Esta es la casa de todos", decía sonriendo la compañera ejemplar, que sabía compartir sus afanes, ser, para todos y en todo momento, la compañera de Manso, su prolongación en la cariñosa acogida dispensada a cuantos inundaban aquella casa. En esa "casa de todos", una mujer joven y una nenita, que entretenía a las visitas asegurando en su media lengua: "Soy socialista de "Lalgo" Caballero", estarán ahora solas con su dolor, entre la estulticia y quién sabe si el escarnio de los que, por servilismo, por temor o por venganza, hagan coro con los verdugos del esposo y del padre.

La escalera, cuya muchedumbre en trajes labriegos desbordaba hasta en la acera—los que esperaban poder entrar en "la casa de todos" para recibir el apoyo, el consejo o el consuelo del que no sabía lo que era vivir para sí—, esa escalera se hallará ahora desierta y apenas si, de cuando en cuando, subirá por ella alguna silueta de familiar o de camarada que lo arriesgará todo para llevar un poco de aliento a la viuda y a la huerfanita del luchador asesinado. Pero ya falta menos, ya falta poco, ya apenas nada, para que de todos los ámbitos de las llanuras salmantinas redimidas, de todos los rincones de las montañas asturianas, cuyos mineros no han olvidado cómo Manso, en las horas más temibles de la represión, fué el primer diputado y el primer abogado que acudió en su defensa, el nombre de José Andrés Manso se eleve como un clamor de triunfo.

Y en ese instante, nadie, en absoluto nadie, podrá impedir a los mineros de Asturias y a los campesinos castellanos hacer obra de justicia implacable con quienes, por envidia, por venganza o por temor, han sido, por acción o por inducción, directa o indirectamente, culpables del asesinato de su mejor defensor.

La rebelión de los militares no va enderezada solamente contra el Gobierno democrático y contra la República en España. Es un feroz y criminal ataque de los privilegiados contra la inmensa mayoría del pueblo español.

JEAN CASSOU

Democracia contra despotismo militar

(Síntesis del mensaje de los intelectuales ingleses, publicado el 25 de agosto de 1936 en todos los diarios de Madrid)

Hasta no hace mucho ha sido casi universalmente aceptado que la más noble contribución de los ingleses a la civilización europea era nuestra teoría y, aún más, nuestra práctica de la libertad política y de la democracia parlamentaria. Durante siglos nos hemos sentido orgullosos del hecho de ser un pueblo preeminentemente libre, y de las instituciones inglesas que han establecido la democracia frente a todo intento de poner en lugar suyo cualquier forma de Gobierno irresponsable, militarista o autocrático. Más de trescientos años de nuestra Historia nos ha costado fijar y consolidar esta libertad característicamente inglesa, y unas y otras veces hemos tenido que defenderla contra nuestros propios reyes, aristocracia, jefes del Ejército, y también contra monarcas, dictadores y conquistadores españoles, franceses o alemanes.

Actualmente, en España, un Gobierno constitucional, elegido por el pueblo, es atacado por una Junta de generales, que, con la ayuda de tropas moras, han declarado su intención de destruir la democracia parlamentaria en dicho país y de sustituirla por un Gobierno autoritario y militar de modelo fascista. El Gobierno a quien se combate es un Gobierno liberal y democrático, al que apoyan todos los enemigos de la opresión. Y si durante tantas semanas ha sido capaz de resistir este golpe de Estado militar y la invasión del país por un ejército africano, se debe al hecho de que tiene tras de sí a la gran mayoría del pueblo español, de todas las opiniones políticas.

En cualquier período de los últimos ciento cincuenta años de nuestra Historia, las simpatías de, prácticamente, todas las clases de Inglaterra y las de nuestro Gobierno hubieran estado con el pueblo español, y con su Gobierno, en la lucha que sostiene la democracia contra el despotismo militar y contra el fascismo. Por ello nos preocupa el apreciar, en algunos sectores, incluso de la prensa, el ensayo persistente para desvirtuar y desfigurar el carácter de la lucha. El Gobierno español, debemos repetirlo, es democrático, elegido por el pueblo y, como lo es el nuestro, responsable ante el pueblo; lucha contra el despotismo militar y contra el fascismo; combate por la libertad y por aquello que en nuestro país se ha considerado, durante más de un siglo, como el mínimo estricto de la civilización política.

Los firmantes de esta carta pertenecemos a diferentes partidos políticos, o no figuramos en ninguno; pero coincidimos en mantener viva nuestra fe en los ideales británicos de la libertad política y de la democracia; y, en consonancia, deseamos expresar públicamente tanto nuestra simpatía con el Gobierno español y con el pueblo español, como nuestra esperanza de que el Gobierno inglés aprovechará toda oportunidad legítima para dar muestras a aquel Gobierno de la tradicional política inglesa de comprensiva benevolencia.

H. G. Welles, Norman Angell, Gilbert Murray, J. B. S. Haldane, Carr Saunders, Lascelles Abercrombie, Deslile Burns, Hastings, W. H. Carter, J. S. Huxley, David Low, Lord Rhondda, R. H. Tawney, Ernest Barker, G. D. H. Cole, F. M. Cornford, P. M. S. Blackett, C. Day Lewis, G. P. Gooch, R. H. Hodgkin, Hewlett Johnson, F. L. Lucas, Geoffrey Mander, G. E. Moore, Henry W. Nevinson, Shena D. Simon, R. Vaughan Leonard Wolff, Virginia Woolf.

Carta de Romain Rolland al Presidente Azaña

Romain Rolland, Presidente de honor del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, ha dirigido la siguiente carta al Presidente de la República española, fechada el 7 de agosto de 1936:

“Señor Presidente y querido compañero de lucha—pues vuestra lucha es la nuestra—: Dirijo mis saludos y mis deseos fervientes hacia vuestro pueblo heroico, que defiende su libertad contra la vil agresión del fascismo militar y de la reacción. Son los deseos de todos los hombres honrados de Francia, que han formado el Frente Popular por la defensa de la paz y del progreso social. Son los deseos del Comité de lucha internacional contra el fascismo y contra la guerra, cuyo presidente de honor soy. Si no dependiese más que de nosotros, Francia ayudaría más eficazmente a las masas populares españolas en su combate contra sus enemigos, que son los nuestros. ¡Derribad al fascismo criminal! Vamos a intentar por nuestra parte derribarle también. Vuestro ejemplo será para nosotros una gran enseñanza. Vuestros sacrificios no serán perdidos para la Humanidad. ¡Gloria a todos aquellos que han caído por la causa del pueblo español, causa que es de todos los pueblos! ¡Gloria a todos aquellos que contribuyen a su victoria!

Saludos fraternales.—**Romain Rolland.**”

La actitud de Francia y de Rusia juzgada en Nueva York

Don Miguel de Unamuno ha dado el traspies del siglo al pronunciarse en favor de los trastornadores del orden público en su tierra. Los que desde nuestros años mozos hemos seguido las enseñanzas del gran salmantino, tenemos que decirle ahora: “Amicus Plato, sed magis...” Ha sido toda una tragedia que don Miguel no se haya muerto antes de cometer semejante herejía. Su influencia espiritual en todo nuestro mundo queda reducida automáticamente a menos de cero. Un periodista yanqui ha expresado la opinión de que don Miguel, aristócrata a ultranza, odia a muerte a los obreros, porque son plebe; y que en todos sus escritos de últimas fechas se advierte una animadversión marcada contra las clases proletarias.

La Unión Soviética y la Francia del Frente Popular han resultado ser tan eficaces como un par de cafeteras moscovitas frente a la situación creada por la sublevación de los militares españoles. Rusia, que ha venido haciendo de apostolesa y madrina de los movimientos radicales en todo el mundo, se ha movido con pies de plomo. Alemania, Italia y Portugal sustentan y auxilian abierta y descaradamente a los fascistas. En cambio, Rusia, que es tan eficiente en el terreno de la propaganda ideológica y tan experta en el ramo de dar órdenes a los comunistas criollos de los demás países, se limita a permitir que las uniones obreras envíen unos cuantos centavos, y unas vituallas de boca al gobierno de Madrid.

La tragedia española ha servido para recalcar la desintegración de los principios fundamentales que hasta aquí se habían tenido por incontrastables. Por ejemplo, el principio de la legitimidad. Las potencias europeas interesadas en el problema no consideran en lo más mínimo la legitimidad del gobierno del Presidente Azaña, que es un gobierno nacido de la expresión amplia y bien comprobada de la voluntad del pueblo, que llevó al poder al Frente Popular por mayoría rigurosa de votos, emitidos en una elección limpia y espontánea. Las naciones que no se han puesto del lado de los rebeldes han hecho cosa casi peor: la de establecer el principio de neutralidad, cuando las prácticas establecidas del Derecho internacional debieran inclinarlas a facilitar la acción del gobierno en la supresión del cuartelazo. La neutralidad ha servido para debilitar al gobierno legítimo, que así se ve impedido de obtener pertrechos de guerra, mientras los revoltosos los reciben a la luz del día por Portugal. Sólo el gobierno de México se ha portado con ecuanimidad, extendiendo al de Madrid ayuda legítima y honesta, como se la merece una entidad constitucional en caso de emergencia.

(“La Nueva Democracia”, Nueva York, Octubre de 1936)

Palabras del Doctor Gregorio Marañón, dirigidas por radio a las Naciones de América

(Copia para LIBERACION)

La última vez que os hablé a través de la radio, amigos de América, fué en fecha no lejana y para comentar sucesos de Europa que no habrían de tardar en tener actualidad de carne viva en nuestra propia España. Os hablaba de Paulow, en su patria de los Soviets, y de lo que representaba como lección para todos su actitud frente a la revolución y la actitud de la revolución frente a él.

En los meses inevitablemente dolorosos del advenimiento de un Estado nuevo en la vieja nación de los Soviets, hubo muchos hombres que fueron incapaces de comprender lo que el magno suceso tenía de inevitable en su raíz con el pasado y de fecundo en su raíz con el porvenir. Las revoluciones las sienten sólo los que las hacen y los que luchan, en nombre del pasado, contra ellas. Pero hay un grupo de mentes en el país que está transformándose, las mentes de los hombres que, ajenos a la lucha política y social, crean el alma de su pueblo o contribuyen a que su luz eterna no se extinga.

Para mí, os decía, la gran lección del inmortal ruso fué el sentir por encima de sus dolores del momento, quién sabe si por encima del sacrificio de sus viejos ideales, el deber supremo de comprender la realidad inevitable de la revolución de su patria.

Todo lo que ocurre en el mundo está movido por las leyes inexorables del Destino. Puede sernos grato o no. Puede emborracharnos la gloria del triunfo o hacernos gustar la amargura de la derrota. Puede mancharnos de dolor o de sangre. Pero es historia viva y por caminos directos o por caminos oscuros, fuente inevitable de progreso para mañana. Paulow, como tantos otros, pudo irse de su Rusia y continuar en otro país—que todos le hubieran acogido con los brazos abiertos—sus trabajos de investigación en lo que tenían de universales y abstractos; pero se dió cuenta de que la creación de cada hombre, desde el más humilde al más insigne, no pertenece sólo a lo que él crea, sino que es parte de su patria, y que la patria no cambia, aunque todo el pasado se derrumbe.

He aquí que ahora una profunda transformación se está realizando en España. Tal vez vosotros desde lejos no percibáis de ella más que el estruendo marcial, los gritos de la pasión que hierve, el llanto de los que sufren y el rumor envenenado de los que mienten. Pero por debajo de la actualidad pasajera una formidable crisis evolutiva empuja a la República hacia un destino mejor. Esto es lo que quiero decir. De esto quiere convencer a los reacios la voz de un hombre que no tiene la pasión del beligerante directo, y que aparte de sus posicio-

res ideológicas, antiguas y firmes, se esfuerza por mirar el presente y el porvenir con la serenidad del historiador.

Los que luchan por su libertad, por su ideal, en esos campos españoles que empezaban ya a ovidar el gusto de la sangre, no necesitan de las voces de retaguardia. Ni yo sabría decirles nada. Porque, como he dicho hace poco en Bruselas, mi pacifismo es tan profundo, tan integral, que lo mantendría incluso ante la agresión injusta de los que desean y desencadenan la guerra. Estoy convencido de que la paz futura y permanente no la conquistarán los héroes de la paz, sino los mártires de la paz, gentes de corazón generoso, como los que ahora luchan, pero de manos incapaces de sostener un fusil.

Mas acaso no sea inútil mi apelación a la fe en España a esos que no pueden coger un fusil, pero que tampoco tienen la generosidad de comprender lo que hay de fecundo en este instante trascendental y de sentir el deber de no desertar. Porque España está aquí, y España no es un pasado, sino todos los pasados, y además todos los futuros. Es ella, como ha sido y como será, su tierra incommovible, su vida eterna, por encima de todo lo que pase; y a su sustancia, a su alma, y no a las anécdotas, es a lo que tenemos todos que servir.

Vosotros, amigos de América, nos contempláis a través de la distancia, que inevitablemente pone ya mucho de historia en vuestra visión. Os pido, pues, porque os será más fácil que a los que viven la pasión de cerca, que os detengáis unos minutos conmigo en el ambiente de los que detrás de los que luchan tratan ya de construir una patria fuerte y original.

El dolor parece que no se acaba nunca cuando se está sufriendo; pero acaba siempre. Lo que queda es la paz que se engendró en el dolor. Empezad ya a contemplarla y a ayudarla. A la vez que los hospitales de sangre, donde una legión de mujeres y hombres se ocupan del herido y del que enferma en el campo de batalla; a la vez que las organizaciones que con éxito milagroso atienden al abastecimiento de las poblaciones civiles y al cuidado de los niños, privados de su hogar por las necesidades momentáneas de la lucha o por una trágica orfandad, empiezan a surgir instituciones de carácter permanente que marcan ya el carácter sentido, humanitario y cultural de la paz futura.

Quiero hablaros sólo como ejemplo del Parque Infantil y Hogar Escuela que se está instalando en la famosa Alameda de Osuna, en las próximas cercanías de Madrid. Un grupo de hombres entusiastas, Sánchez Arcas, Bergamín, Arrillaga, Martín Domingo, Albertí el poeta, Ugarte, Planelles, transformarán aquel palacio suntuoso y sus bosques y jardines en albergue para mil niños y en Universidad, para que cuando lo abandonen sean hombres y mujeres dueños de sus destinos y no sólo huérfanos agradecidos a la caridad.

No sería capaz de hacer reflexiones indelicadas sobre el distinto destino que tuvieron y que tienen ahora estos palacios. Pensemos generosamente que los creó una modalidad de la civilización humana que hacía posible tanta desigualdad, pero que nos ha legado la posibilidad de utilizarlos ahora en bien de todos. La Alameda de Osuna, que llena con su nombre tantas páginas de nuestra Historia, fué primero lugar de dolor, cárcel de perseguidos políticos, de hombres que sufrieron y murieron por razones que acaso serían hoy motivo de su glorificación. Fué luego mansión de aquel Osuna cuyo nombre es como el símbolo del lujo y la prodigalidad sin tasa, porque compró el

disfrute de sus placeres que en el fondo son siempre iguales para todos los hombres, a un precio con el que hubiera podido comprar lo que no todos alcanzan: el alivio de la desdicha de muchos de sus semejantes. Pasó después por destinos varios, y en los últimos años el palacio y sus jardines románticos esperaban vacíos no se sabía qué. Y yo creo que desde que existió esta mansión, símbolo de tantas cosas, estaba destinada a ser un día refugio de niños y escuela de sus mentes, antes condenadas a perderse en la ignorancia, como en el mar el agua infecunda de nuestros ríos.

Es, pues, este proyecto, que ha empezado ya a dejar de serlo y a convertirse en realidad dichosa, como una promesa de la intención de paz, de generosidad, de noble orientación hacia una mejor justicia que brota en la República detrás de la guerra, en lo material y en lo espiritual, y que pugna, desde ahora, por sustituirla y hacerla olvidar. Por eso os pido vuestra ayuda. Aun los que estáis del lado de allá de las ideas de los que os hablan, cerrad los ojos y sed generosos con esta obra, en la certeza de que vuestro esfuerzo no podrá tener nunca mejor aplicación. Y quisiera que no existieran ahora estos medios de comunicación que han anulado la distancia y que hacen a todos los hombres partícipes a la vez de cada gran acontecimiento de la tierra. En reciente ocasión he comentado los probables inconvenientes que para todos tiene esta comunión instantánea de todos los hombres en la actualidad, porque al suprimirse la distancia se ha roto aquella gradación en los juicios que daba el irse conociendo poco a poco, en cada ámbito de la tierra, el mismo suceso. Si vosotros, que oís mi voz, tardaseis en saber mi petición el tiempo que un navío necesitaba para ir hasta el nuevo mundo, cuando llegase vuestra respuesta encontraríais a España en paz, bajo la disciplina de una jerarquía justa y en marcha ya, con poder irresistible, el aliento de esperanza y de fe en el futuro que hoy anima el heroísmo de este pueblo de inagotable vitalidad.

Contribuid a la firmeza de esa paz que acogieron muchas generaciones, hasta que nuestra sangre se diluya y se extinga en la de los hijos de nuestros nietos. Contribuid, por lo menos, que es lo más, en la fe de España. Os lo dice quien siempre acertó manteniéndola. Pasad sobre el sufrir de hoy hacia el mañana fuerte. Pensad que el ímpetu renovador de la naturaleza convierte hasta a los muertos en fuente de energías nuevas, y una crisis como la que sufre nuestra patria no es ni siquiera muerte, sino pecado, contrición y esfuerzo nuevo.

Hace ya tres años que decía yo ante un público de militares estas palabras que me autorizan ahora para hablar: "El hombre actual ha perdido no la capacidad de sufrir, que esa es inseparable de su condición animal, sino la alta y noble voluntad de sufrir, que es típica de la jerarquía humana. El mundo entero atraviesa momentos de revolución total en las calles y en las conciencias. Y produce asombro el espectáculo de que las reacciones de la mayoría de los hombres son tristes reacciones egoístas, y nada más.

Unos lloran por sus rentas disminuídas o acabadas; otros, por sus negocios y clientelas menguados. Pocos son los que se hacen hoy cargo de que están recibiendo la lección provechosa del dolor común, fuente de todo progreso, que por ser tan esencial no se compra, como las cosas de lujo, con lo que nos sobra, sino con nuestra sustancia misma, con sangre y con sudor del alma que los hombres de ciertas generaciones tenemos que ofrecer en holocausto a las generaciones venideras. El

deber del hombre, del verdadero hombre, en su sentido nacional y universal, es aceptar este deber con el alma tensa de generosidad, sabiendo, creyendo con fe ciega que compramos con él la paz de las generaciones futuras. A los demás, a los que gritan como los niños, llevándose con cómico terror las manos al bolsillo, hay que dejarlos de lado porque no son dignos de la categoría humana.

Nosotros no podemos ser así. Miremos con resolución nuestra conciencia y veremos que el hombre, concretamente el español, había olvidado el deber de su trabajo creador, que la mujer había derribado del altar de sus instintos la obligación maternal, que el joven pide con egolatría derechos y más derechos escatimando sus deberes más fundamentales. Veremos también que el profesional miraba su servicio como una mina de provecho propio y no como cooperación al de todos: que el ciudadano, en fin, se había emborrachado de egoísmo anes-tesiando su sensibilidad ante el dolor colectivo que a todos nos salvará. Hay que echar sobre la espalda el fardo del deber. Se lo digo a los tímidos, a los que huyen, a los incapaces de comprender. Y hay que seguir la vida pendiente adelante con el noble fardo a cuestas".

Esto dije entonces, y ahora con la misma fe, afinada en estos tres años, que por su hondura parecen treinta, sólo quiero recordar mis palabras y de nuevo y con el mayor entusiasmo suscribirlas.

Madrid 8 de septiembre de 1936.

El pueblo español se ha levantado en masa para defender a la República. La conquistó pacíficamente con los votos y la mantiene con las armas. La alianza del pueblo y de la República queda sellada con sangre. Ahora verá el mundo el caudal inagotable de energías que guarda el corazón español. Una vez más, defendiendo su soberanía, mi país presta un gran servicio a la causa universal de la libertad.

MANUEL AZAÑA

La España de 1936 no puede ser la misma España de Franco, de Mola, de Cabanellas y de Alfonso XIII

Por ELIDA C. DE CRESPO

(Copia para LIBERACION del discurso pronunciado por su autora en el Centro Español de Panamá, el 3 de septiembre de 1936.)

Señores:

Algunos espíritus superficiales podrían calificar de "snobismo" y de deseos de figuración nuestro profundo interés, nuestro empeño y ansiedad por el triunfo del Gobierno en España, triunfo de la justicia y de la causa del pueblo. Pero si se medita un momento en la trascendencia que necesariamente habrán de tener, para Europa y para el mundo entero, el problema que ha planteado la rebelión militar española y la solución a que se llegue en los campos de batalla, nuestro interés, nuestra ansiedad, y nuestra preocupación son perfectamente lógicas y explicables.

En primer lugar se trata de España, país con el cual nos unen vínculos de una gloriosa tradición, y al que nos sentimos ligados por la raza y por la cultura. Pero hay más todavía, si este argumento sentimental no fuera como no lo es suficiente para explicar nuestra conducta. El conflicto español ha dejado de ser un conflicto político a usanza de los nuestros. No se trata de favorecer los intereses de un caudillo que pretende quedarse en el poder. Ni de obstaculizar a un caudillo o a un grupo de caudillos que pretenden asaltarlo para beneficio personal.

Es una lucha de principios antagónicos. Es una lucha de ideas. Es una lucha de dos sistemas de gobierno. Es la lucha del capital abusivo y explotador en contra de los que defienden su derecho a una vida libre. Su derecho a una vida mejor. Su derecho al trabajo. Su derecho a percibir los frutos de ese trabajo. Y, sobre todo, su derecho a gozar de los beneficios de la cultura y de la civilización, que debe ser patrimonio de la comunidad y no tan sólo de un pequeño grupo de favorecidos. En otras palabras, es la lucha de la idea libertaria, de los principios de equidad y de justicia, contra el privilegio absorbente de las minorías.

En Somosierra y en el Guadarrama; en Irún en Zaragoza y en Sevilla, no hay solamente un grupo de españoles que lucha contra otro grupo de españoles. Hay un grupo de españoles que defiende las

conquistas del pueblo y su derecho a cultivar los campos. A recoger y beneficiarse de las cosechas. A educar a sus hijos convenientemente. Un grupo que lucha contra otro grupo, defensor este último de los grandes terratenientes, quienes prefieren dedicar a la caza las tierras de labranza. Que explotan al pueblo por medio de las grandes corporaciones de utilidad pública. Que consideran la educación como un privilegio de unos cuantos y no como un derecho de todos. Es, en fin, la lucha de una España nueva, vigorosa y pujante que desea un porvenir mejor para todos sus hijos, contra la España vieja de los monárquicos, de los privilegios de casta y de fortuna: la España tradicionalista e inquisitorial.

Y en esta lucha de ideas no caben fronteras. Es una lección que repetidamente nos da la historia. La Revolución Francesa fué francesa sólo de nombre. En las calles de París se sellaron los principios de los derechos del hombre, que repercutieron en nuestras tierras de América, y que alentaron el espíritu de emancipación de las colonias de España. Y cada día hay en el mundo una mayor interdependencia internacional. Lo que aconteció en la Revolución Francesa acontecerá también en el actual conflicto español. Nosotros no podremos aunque lo querramos escapar a sus enormes y trascendentales consecuencias.

Al tratar de constituir el Comité Amigos de la Democracia Española, hubo quien nos recomendara una acción general y no partidista. No quise dar cabida a semejante idea. Una acción de nuestra parte en esa forma habría sido una traición a los principios que encarna el Gobierno español y que defienden en el mundo entero las clases oprimidas. Además, cualquier concurso que se preste a los combatientes sin discriminación ideológica, no haría más que prolongar infructuosamente la lucha. Por eso decidí franca y abiertamente tratar de que este Comité ayudara al Gobierno español. La España de Azaña, de Indalecio Prieto, de Companys, de Alvarez del Vayo, de Luis Araquistáin, de Dolores Ibarruri, no puede ser la misma España de Franco y de Mola, o de Cabanellas y de Alfonso XIII. A la España fascista y monárquica; vieja, anacrónica, militarista y retrógrada, es preciso oponer la España nueva, la España republicana, la España socialista.

Para oponerse a esta nueva España de manera más efectiva la reacción propaga las especies más absurdas. Se ha querido dar al conflicto un cariz eminentemente religioso por una parte y radicalmente comunista por la otra. Nada tan lejos de la realidad española. Hay por el contrario, exceso de tolerancia en el Gobierno español. Es precisamente este exceso de tolerancia de la España republicana lo que ha hecho posible la rebeldía desleal. Si la mayoría del clero apoya a la España anacrónica, fascista y monárquica, es preciso que el pueblo de España se levante contra el clero fascitizante y monarquizante. Esto nada dice ni a favor ni en contra de la religiosidad del pueblo español. Una cosa es la religión como norma de vida interior, y otra cosa es un clero monárquico y fascista, enemigo y torturador del pueblo.

Si los comunistas españoles al integrar el Frente Popular han apoyado las tendencias de la España nueva, la España de la libertad y de la justicia, es lógico que se acepte su concurso. Y que se garantice un régimen democrático que permita la libre expresión de las ideas, planteado el problema de la lucha social sobre el terreno ideológico en que las mayorías populares sean el factor decisivo y determinante, cual corresponde a un pueblo civilizado y consciente. El recurso de levantar como espantajo el fantasma comunista está ya muy gastado para que pueda surtir efecto aún entre los elementos más tímidos. La España de 1936 seguirá su ruta por la senda de la democracia y concederá por igual a todos los españoles, sin odios cavernarios, pero sin privilegios oprobiosos, los derechos y las prerrogativas ciudadanas propias de un país que ha encontrado su verdadero camino.

Esto nos lo indica con la elocuencia de los hechos el curso que va tomando la lucha en los diversos frentes de batalla. La traición militar al gobierno legítimamente constituido está ya a la defensiva en todos los sectores. Y si después de largos meses de preparación; si después de haber pasado el momento de mayor peligro, que fué el de la sorpresa inicial, las milicias civiles han logrado imponerse, nada podrá resistir al pueblo español de pies y en armas contra la reacción que lo amenaza. Los que al principio eran pelotones de civiles, sin armas, sin uniformes y sin organización, van tomando cada día más el aspecto de un ejército popular, bien armado, bien organizado, disciplinado y consciente de sus responsabilidades. Y este ejército, compuesto de todo el que en España trabaja y lucha por ganarse la vida; este ejército, en el cual figura la mujer trabajadora como elemento importante, no podrá ser dominado, porque además de ser numéricamente superior, cuenta con el aliento y con la fuerza que da la justicia de su noble causa. Son hombres y mujeres que luchan por el pan; que luchan por su hogar; que luchan por la tierra; que luchan por la vida. Mientras que los soldados de la rebelión, engañados y traicionados, luchan y perecen por el innoble destino de continuar siendo parias y siervos de los parásitos de todos los tiempos.

El **Comité Amigos de la Democracia Española** invita a todos los espíritus libres, sin distinciones de sexo o de fronteras, a sumar su concurso a la lucha en pro del pueblo español. Los gobiernos pueden declararse neutrales, pero los ciudadanos libres no pueden ni deben hacerlo. Es una lucha demasiado trascendental para que podamos mirarla con musulmana indiferencia. Hay que ponerse del lado de la justicia, que en esta ocasión está con el Gobierno de España, genuino representante del pueblo español.

Al daros las gracias por vuestra presencia en este acto yo os pido, en nombre del Comité Amigos de la Democracia Española, vuestro concurso hasta el límite de vuestras posibilidades. Y saludemos desde aquí, con el puño en alto y con la mirada puesta en el porvenir, los nuevos tiempos que se vislumbran en el horizonte: porque la reacción no pasará.

¡Viva la República democrática española!

Máximo Gorki, arquetipo de escritor revolucionario

Por ROBERTO HINOJOSA

(Especial para LIBERACION)

En las letras del movimiento de transformación básico que sacude al mundo, cáustica y vertical, se perfila la figura de Máximo Gorki, "el escritor socialista" por antonomasia.

Pluma inclemente, recia y sangrante que jamás se puso al servicio de los poderosos, que no conoció la hipérbole servil, y que cual fusta de fuego cruzó la faz de los opresores del proletariado, de los "mendaces de la muerte" y de los traficantes de la religión. Y pluma también, blanda, dulce, tierna como el nacimiento de un romance, ofrecida como bálsamo a los hambrientos y adoloridos.

En las catilinarias políticas de Gorki, en sus apasionantes novelas, en sus amargos dramas, en sus biografías y en sus libros de doctrina, se percibe la garra del escritor de talla, de agallas, de bellas elucubraciones, de estilo propio y seductor.

Gorki no escribió para editores mercantiles, ni para saciar vanidades personales; Gorki escribió para las almas que sufren, que sueñan con la justicia y que arden. Y no es que Gorki fuese un psicólogo; algo más que eso fué él: un escritor de vida revolucionaria.

Gorki conoció en su propia carne el sufrimiento de los explotados; sintió la desesperación y el martirio; hasta quiso poner fin a su vida de un pistoletazo, que no llegó a herir su gran corazón; comprendió en su humano significado la sugerencia del socialismo; agitó en sus manos la roja insignia de las tempestuosas reivindicaciones sociales, y cansado de luchar pudo morir en su Rusia redimida y grande.

Si portentosa es la labor intelectual de este revolucionario genial, ejemplar es su vida, por la hermosa consecuencia con sus ideales y con sus sentimientos. Ni una traición, ni una apostasía, ni una contradicción: un reguero de diamantes éticos.

Es necesario destacar la labor del formidable ruso en esta hora de escepticismo, de cobardía y de eclipse de la moral. Porque el avance de los fascismos y de otros sistemas, que en el fondo no son otra cosa que expresiones políticas del régimen capitalista y conservador, que creíamos sepultado en la Gran Guerra, se debe en gran parte a la existencia de mentores sin ética que con sus actitudes indecisas, contradictorias y paradójicas han terminado por decepcionar a las masas de trabajadores. Otro tanto sucede con los llamados "intelectuales puros", quienes ante el temor de definirse y de arrostrar responsabilidades, han optado por vestir a las musas con la percalina escarlata neosensible, entregando a las huestes proletarias, hambrientas de saber y sedientas de acción, odas y alejandrinos carentes de pujanza doctrinaria.

Es el tipo de Gorki, tipo tallado a escoplo, el que ha de servir de ejemplo a quienes pretendan esgrimir la pluma a la vanguardia de las multitudes en marcha hacia la conquista de la Justicia Social.

Desde el destierro, desde la barricada, desde la tribluna, desde donde se encontró Gorki combatió valerosamente a los opresores del pueblo ruso. En sus escritos, sus arengas y sus conferencias no hay medias tintas, ni entrelíneas, sino verdades de a puño arrojadas de frente y con plena responsabilidad de sus consecuencias.

Todas sus obras, aun las de arte, tienen un solo fin: capacitar a sus lectores en el amor a la justicia social y el odio a los farsantes, a los bárbaros y a los retardatarios.

Vuelto a Rusia en 1928, no se entregó a cantarle loas a Stalin, sino a criticar rudamente a ciertos intelectuales vividores dentro del régimen soviético. De ahí que su popularidad fuese amasada de respeto, y su autoridad moral se impusiese por propia gravitación.

Cuando muere un gran hombre, un hombre luchador como Gorki, la prensa capitalista y las agencias telegráficas se adentran en el anecdótico o en la biografía consabida que deja escapar algún elogio de protocolo. Pero nosotros tenemos el deber de señalar los merecimientos de los hombres-proas, destacando sus más salientes aristas, para presentarlos ante la admiración de los pueblos como a faros y arquetipos que guían e iluminan la conciencia de los pueblos.

TIENDA PERERA

*Especialidad en medias
de señora y niños.*

ISIDRO PERERA BOIX

Avenida Central

San José, Costa Rica

DE ACTUALIDAD

Visiones proletarias

(¿Era también comunista el gran poeta nicaragüense?)

Por RUBEN DARIO

—¡Oh Señor! El mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea, pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero.

¿No ve usted hoy día ricachón con la camisa como si fuera de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encajes? Entretanto, las hijas de los pobres desde los catorce años tienen que ser desgraciadas. Son del primero que las compre. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los almacenes son el martirio de la honradez. No se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer un pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos cosecheros ventrudos son los ruines martirizadores.

Yo quisiera una tempestad de sangre, yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia sino baldón y ruina. La prensa venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose, por culpa de los de arriba, en el hambre, en el crimen y el alcoholismo; en la mujer, la prostitución; así la madre, así la hija y así la manta que las cobija. Conque, ¡calcule usted! El centavo que se logra ¿para qué ha de ser sino para el aguardiente? Los patrones, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello, en el campo insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan a comer lodo, y por remate le violan a sus hijas. Todo anda de esa manera. Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo; porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases pobres se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Comuna, la Internacional, el Nihilismo, eso es poco; falta la enorme y vencedora coalición.

Todas las tiranías se vendrán al suelo; la tiranía política, la tira-

nía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado de los verdugos del pueblo. El canta su tedeum y reza su paternoster, más por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien son el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva Marsellesa que como los clarines de Jericó destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará los cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha.

Pero ¿quién eres tú? ¿Por qué gritas así?

—Yo me llamo Juan Lanás y no tengo un centavo.

El "News Chronicle" pregunta al Gobierno inglés su actitud acerca de la intromisión italiana en Mallorca

El conde Rossi, ya lo saben nuestros lectores, ha desembarcado al frente de los "camisas negras" en las playas de la isla dorada. Vigila allí el desembarco de material de guerra. Italia ensancha su radio de acción en el mar interior europeo. Inglaterra contempla pasivamente las maniobras italianas.

Las agresividad italiana se mantiene, como quien dice, a costa de la inercia británica. Así lo demuestra el "News Chronicle" en un editorial que lleva el título de "Italia en Mallorca". Alude en él a una información que ya conocen los lectores de "Claridad":

"Si estuviese el Parlamento en sesión, se obligaría al Gobierno a que se diese por advertido de la sorprendente información que hoy publicamos, relacionada con las actividades italianas en Mallorca.

"Parece que ya no existe el menor secreto acerca de lo que está sucediendo. El desfile triunfal del jefe de los "camisas negras" italianos, al frente de las fuerzas rebeldes españolas, es objeto de amplias descripciones en la prensa local. Los buques italianos han estado descargando toneladas de material de guerra al lado mismo de un buque de guerra inglés. Del mismo Palma llegan las noticias acusando la presencia de más de un centenar de aviadores y mecánicos italianos que lucen el uniforme del Tercio Extranjero.

"Si no se puede convocar el Parlamento para que examine estos procedimientos audaces, ¿no deberían los jefes de los partidos de oposición dirigir una petición conjunta al Gobierno, preguntándole qué actitud piensa seguir acerca de este asunto?"

(*"Claridad"*, Madrid, 5 de octubre de 1936.)

Los facciosos españoles no son revolucionarios porque no hay, sociológicamente, revoluciones regresivas

Por JOSE D. CRESPO

(Envío a *LIBERACION* del Comité de Amigos de la Democracia Española)

Si la mente humana no debe acercarse a ningún problema, cualquiera que ésta sea, con nociones preconcebidas, so pena de no llegar nunca al conocimiento de la verdad, esto es doblemente cierto tratándose de la cuestión española actual, tan desplazada de nosotros por la distancia y tan susceptible por su trascendencia de ser desvirtuada, maliciosamente, en uno u otro sentido. Para comprender, pues, debidamente lo que está sucediendo en España, es preciso esclarecer algunos conceptos, desvanecer algunos prejuicios y echar a un lado ciertas ideas erróneas puestas en circulación, tendenciosamente, por agencias informativas interesadas en falsear la verdad.

En primer lugar, debemos tener presente que los términos **revolución** y **revolucionario**, tal como se usan para designar con ellos la acción de guerra de los facciosos españoles y a los facciosos mismos son inadecuados. Los militares monárquicos, fascistas y vaticanistas que se alzaron en guerra contra el Gobierno español, legítimamente constituido, no son revolucionarios en el sentido sociológico del término. Sociológicamente no puede haber una revolución regresiva. Esto se denomina reacción. Revolución significa un salto en la evolución; es decir, un aceleramiento consciente y súbito del proceso evolutivo. Es una marcha rápida y explosiva hacia adelante; significando por adelante, la dirección que marca un mayor bienestar y una mayor suma de felicidad para el género humano.

Los facciosos españoles, ora sean fascistas, monárquicos o vaticanistas, representan la regresión, no el progreso. Son reaccionarios, no revolucionarios. Ellos pretenden que la República Española dé un salto hacia atrás. Ellos pretenden que desaparezca la más leve amenaza al gran número de privilegios de que han venido disfrutando aun bajo el régimen republicano. Y pretenden, además, establecer nuevamente acrecentados, aquellos fueros que la democracia logró arrebatárselos. Facciosos de esta naturaleza, que enarbolan el pendón de la España monárquica; y que ante el sepulcro del Cid en Burgos ratifican su adhesión a la monarquía y juran guerra a muerte a la república y a la democracia, no son, no pueden ser revolucionarios.

En España los verdaderos revolucionarios son los milicianos que acuerpan al gobierno; porque en España el gobierno mismo es quien encarna la revolución. Tímidamente es verdad, pero con acierto y conciencia de los nuevos ideales humanos, ha venido el gobierno español

adoptando medidas benéficas a la salud del pueblo; y llevando a cabo, aunque muy lentamente y casi a la fuerza la verdadera revolución que no es tumulto, ni alharaca, ni guerra, ni fusilamientos, sino transformación social. Esto fué lo que alarmó a los privilegiados de siempre que veían sus fueros amenazados. En el aumento de las escuelas, en la difusión de la enseñanza por todos los ámbitos del país, percibieron ellos un ataque a uno de sus más importantes privilegios: la cultura. En el esfuerzo titánico de las masas obreras, por la conquista del pan, es decir, por disfrutar equitativamente de los frutos de su propia labor y por no dejarse explotar miserablemente de sus patronos, percibieron ellos también un ataque a otro de sus más importantes fueros: la explotación del trabajo. Y por último, en el interés y en la creciente participación del pueblo en los asuntos públicos, vieron también un ataque a otro de sus más importantes privilegios: el poder político, la burocracia oficial. Por eso se alzaron en armas. ¡Para reconquistar esos privilegios! ¿Cómo pueden llamarse revolucionarios quienes precisamente luchan en contra de la revolución? La verdad es que los facciosos españoles son contrarrevolucionarios.

Otro concepto erróneo, que precisa esclarecer, es que los facciosos españoles están luchando por sus principios religiosos. El artículo 27 de la Constitución española establece la libertad de conciencia y consagra el derecho no sólo de profesar sino de practicar libremente cualquier culto religioso. El artículo 48, a su vez, reconoce el derecho a los miembros de cualquier culto a la enseñanza de sus respectivas doctrinas, dentro de sus propios templos. Y todos sabemos lo que esto significa en pueblos donde sólo existe una religión. Ha sido tal la tolerancia en esta materia que no sólo las comunidades religiosas han podido, bajo la república, seguir manejando sus grandes corporaciones y empresas comerciales y cobrando sus dividendos; que no sólo han venido usufructuando de sus enormes riquezas acumuladas como latifundios, minas, edificios de alquiler y dando a la luz pública todos sus periódicos y revistas sin restricción alguna, sino que el presupuesto español para el primer semestre de 1936 señala la suma de ocho millones doscientos cincuenta mil pesetas para beneficio del clero español por haberes a extinguir.

La tolerancia religiosa de la república española sólo ha corrido parejas con su tolerancia para con los monárquicos enemigos de la democracia republicana. En el presupuesto citado del primer semestre del año en curso hay una partida de ciento doce millones cuatrocientos un mil setecientos sesenta y cinco pesetas, para los militares retirados de guerra y marina que, como todos sabemos, eran antiguos nobles y grandes de España, enemigos declarados del pueblo y de la democracia.

El pueblo de España ha sido y continúa siendo profundamente religioso; pero la ambición desmedida del clero español, que no se contenta con reír sobre las conciencias y predicar la fe, sino que quiere enriquecerse cada día más, poseyendo líneas de vapores, empresas bancarias, agrícolas e industriales con fábricas de toda clase, además de los emolumentos del estado, de las innumerables regalías de los ayuntamientos y de las cuantiosas donaciones privadas; la ambición desmedida de este clero, repetimos, ha hecho de este pueblo que continúa siendo religioso, un pueblo profundamente anticlerical, porque ser anticlerical no significa necesariamente ser antirreligioso.

Ya desde la época de Carlos III los jesuitas habían sido expulsados de España por este mismo pecado de sórdida avaricia. El argumento formidable de aquel rey católico en contra de esta orden religiosa no fué otro que el de que por su riqueza constituía un peligro, tanto para la monarquía como para la seguridad del estado, porque ella sola poseía más de un tercio de todos los bienes de la monarquía y del pueblo español juntos. He aquí por qué los clérigos avaros se han aliado con los militares fascistas, no para defender la religión, sino para defender sus privilegios y sus riquezas. Y he aquí también por qué un número de sacerdotes, verdaderos discípulos de Cristo, para quienes la religión no es una fuente de explotación, ni un medio de enriquecimiento, ni una excusa para una vida de ocio y de molicie; he aquí por qué esos sacerdotes que sí quieren hacer de la religión un instrumento de perfectibilidad humana, están de lleno con el gobierno español y condenan la actitud de sus compañeros que trafican con la fe católica.

Pero al descorrer el velo de esta ficción religiosa no queremos cerrar los ojos a la realidad, desconociendo el hecho cierto y positivo de que numerosos conventos e iglesias han sido destruídos e incendiados, a despecho de todos los esfuerzos del gobierno para evitarlo. Pero ¿quién tiene la culpa de todo esto? ¿Quién tiene la culpa de que un pueblo, profundamente enconado contra sus explotadores, no haga en un momento de pasión sutiles distingos entre el dogma, los objetos del culto y los sicofantes explotadores que se cubrían con los ropajes de ese culto?

Hay también la ficción del comunismo. Otra de las mentiras que los reaccionarios lanzan a la faz del mundo contra la democracia española. Pero no puedo continuar por más tiempo en el uso de este micrófono. Dejaré este tema tan sugestivo para otra ocasión, porque considero de suma importancia que se establezca el imperio de la verdad, en contra de la propaganda interesada y artera. Nuestros pueblos que tienen la intuición de la libertad no deben ser engañados. Este es un crimen de lesa patria. Y no deben tampoco ser atemorizados con amenazas sin justificación alguna ante nuestro derecho positivo, cuando nacionales o extranjeros, panameños o españoles en uso de sus derechos civiles expresan sus opiniones libremente, o se dedican a una lucha ideológica que por fuerza habrá de ser fecunda y benéfica, mayormente para quienes la adversan. Esta es otra de las ficciones sobre la cual conviene una rectificación inmediata. Y esta rectificación se hará con gusto próximamente.

Discurso radiado en Panamá el 9 de septiembre de 1936.

¡Con el bombardeo aéreo de los más notables monumentos de Madrid, con la matanza criminal de mujeres y de niños, "los blancos" españoles llevados del Africa defienden la civilización y la cultura occidentales!

Horario contemporáneo

Por LUIS G. NUILA

(Especial para LIBERACION)

Sangre de España

La que cantó el poeta en exámetros dignos de ella —sangre de Hispania fecunda— está desbordándose torrencialmente en útil homenaje al nuevo pueblo, gran pueblo, que está llamado a surgir en la península gloriosa. No será en balde esa hemorragia, porque quien surja victorioso tendrá que aprovechar las experiencias terribles de esta guerra que viene a ser uno de los síntomas de mayor inquietud en el momento contemporáneo. Ya no es posible el término medio, la república simplemente democrática, sino que los campos quedan bien definidos y hay que cerrar las filas. Está visto que en ese escenario juegan los intereses, las ideologías más contrapuestos; y a juzgar por las informaciones, por más que éstas son contradictorias, no cabe duda que la guerra será cruenta y que va para largo. Aunque los rebeldes —que no tienen empacho en llamarse fachistas— tomaran Madrid y Barcelona, la lucha continuará, porque además de la resistencia de las masas, que están respaldando al Gobierno de Azaña, Francia e Inglaterra no se resignarían a dejar que Italia y Alemania preponderen en la política europea.

Don Miguel divaga

Otro síntoma digno de toda nuestra atención lo ofrece Don Miguel de Unamuno, ex rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, quien ha declarado que “el poder se encuentra en España en manos de los peores elementos y que hay que salvar los fueros de la civilización occidental”. Don Miguel divaga en la tierra de los grandes Migueles; y al comentar sus palabras un ironista de Hendaya, ha hecho notar que tales declaraciones ponen al rector ilustrísimo de parte de los rebeldes, “demostrando así que ya está muy viejo”. Siempre ha sido esa la actitud de Don Miguel, uno de los más enconados espíritus de contradicción que ha tenido España. Cuando Alfonso XIII estaba en manos de Primo de Rivera, Don Miguel lanzaba voces apocalípticas en contra de la monarquía; y cuando la República triunfó, el profesor salmantino volvió a su rincón de hereje, esperando como la crisálida la presencia de la nueva luz.

Sin embargo, otras voces se oponen, en el panorama ideológico español, a las proferidas por Unamuno. Son las de Ramón Menéndez Pidal, el humanista; de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, poetas líricos; de Gregorio Marañón, Pío del Río Hortega, José Orte-

ga y Gasset, Gustavo Pittaluga, Ramón Pérez de Ayala, Juan de la Encina y otros intelectuales que, si viven en su rincón, rodeados de sus libros, se han dado cuenta de que España ha tomado su cruz (y esta frase de Gómez Morín cobra importancia vital) y de que, como dijo Leopoldo de la Rosa en versos sacudidos por la Gran Guerra, podemos estar seguros de que un gran pueblo se acerca.

El turista silencioso

Entre las noticias hay una que no tarda en precipitarse en otra de más perfil histórico: el líder de la Acción Popular don José María Gil Robles, a su llegada a Lisboa, declaró que su presencia allí era la de un turista que llevaba en regla sus papeles. Don José María, como don Alejandro Lerroux, es hombre ducho en esto de mantenerse a la expectativa, cuando es necesario sellar con sangre los ideales. Ya lo veremos aparecer de nuevo en el escenario, cuando vea que todo se ha confabulado a su favor; pero ha de hacerlo a tiempo, ya que no es creíble que Francos o Molas le llamen a presidir la mesa cuando ya esté servida.

España ha tenido turistas de esta clase. Mientras el pueblo empuña las armas, no han faltado políticos expectantes que se ponen a buen seguro allende los Pirineos o Portugal, para regresar en són de triunfo a reclamar su puesto dirigente. Pero los acontecimientos han sido tan acelerados, que puede anticiparse que ni el mismo Azaña seguirá la línea de conducta que se había trazado cuando se instauró en el poder, ya que si logra dominar a los rebeldes, y está visto que pudo conjurar su rápida caída cuando la rebelión estalló, tendrá que hacer concesiones trascendentales a las fuerzas vivas que han acudido a respaldarlo en trance tan difícil. De todo esto se deduce que España va inevitablemente a la dictadura, ya sea la de los militares o en favor del proletariado.

Patatas

Es patético el cablegrama que se interceptó. Lo dirigía el ex-Almirante de la Armada española, Don Ramón Carranza, pidiendo urgentemente que se enviaran patatas para los rebeldes afortunados en Betiz. Las patatas no sólo son nutritivas, sino que tienen virtudes psicopedagógicas que ya quisieran para sí la naranja y la fresa. Los ejércitos de ahora no sólo reclaman buenas ametralladoras, aligeros aviones, sino que también gustan de llevar en sus mochilas toda suerte de féculas preciosas. Y el puré inventado por los franceses tiene, por lo tanto, una importancia categórica que los almirantes en disponibilidad son los primeros en reconocer.

España tiene valores eternos, sustancias que le dan un tono de universalidad, de clásica magnificencia, aunque le falten las patatas, y si nó que lo digan aquéllos que frente a Zaragoza hicieron morder el polvo al mejor ejército del mundo en su época, el napoleónico. Y esos valores entran en juego ahora que España quiere asumir un papel definido, definitivo, en la historia.

La violencia

Situado entre los extremistas la posición de Azaña, antes de la rebelión, no era para envidiarse. “Fué un gran error —ha dicho con

exacta previsión quien es uno de los amigos íntimos de Azaña, Martín Luis Guzmán— el no haberle dado durante el primer bienio en que él gobernó, todas las facilidades que necesitaba para llevar a efecto la labor que cortaría para siempre el peligro y la amenaza de la inercia, sino que se empeñaron en cerrarle por todos lados el camino. Ahora el problema está, después de las enseñanzas y experiencias últimas, en si van a tener los dirigentes de los diversos grupos clarividencia bastante para darle en esta situación las facilidades que le negaron. Y si se las dan, España sale de la situación actual con una transformación, más o menos honda, de sus instituciones económicas. Si no dan esas facilidades y vuelven a empeñarse obsecadamente unos y otros en cerrarle el camino, como en el primer bienio, entonces lo que van a conseguir es que se produzca repetidamente el fenómeno de que las masas se lancen a conseguir, con la violencia, lo que no se les concede por la buena”.

Cuando por un acto prebiscitario Alfonso XIII fué desplazado, los observadores optimistas encomiaban el hecho de que sin mayor efusión de sangre, España hubiese dado su histórico salto mortal. Pero los que ahondaban más en el fenómeno veían a las claras que aquel no era un simple acto político y que la lucha se posponía, que iba a precipitarse; y que esto, lo de ahora, era lo inevitable.

México, D. F., septiembre de 1936.

*Para sus compras de Navidad
y Año Nuevo*

visite SU TIENDA:

LA NORMA

(Antigua Tienda Turull)

Paraísos artificiales

LA PANTERA BLANCA

Por el Dr. GREGORIO ONETO BARENQUE

(Envío del autor para LIBERACION, a propósito de los abusos de morfina que se han denunciado en Costa Rica.)

El espíritu humano lucha y se enfrenta contra dos grandes incentivos: el placer y el dolor. ¡El dolor dignifica! ¡El placer mata! Y sin embargo, la especie humana rehuye el dolor y se entrega desenfrenadamente en brazos del placer. El hombre primitivo tiene a su alcance la molécula azúcar que fermentada produce el alcohol. Con ella se intoxica transportándose a mundos de ensueño que le hacen olvidar la lucha cotidiana por la existencia, sin pensar en su degeneración individual; y a través de los tiempos en la degeneración colectiva. El hombre moderno no satisfecho con la herencia nefasta encuentra en sus descubrimientos el éter, el haschich, la marihuana, la coca, el opio y sus alcaloides: la morfina y la heroína.

La morfina, designada por algunos con el nombre pintoresco de “la pantera blanca”, es el más notable de los alcaloides del opio que, a su vez, es extraído del fruto de una especie de amapola, el “papaver japonica”, que antes de madurar es incidido, y sobre los labios de la herida deja aparecer gotitas de aspecto gomoso, de consistencia de cuauchout y que al secarse da lugar a una pasta morena de sabor amargo.

Descubierta la morfina, como remedio sublime para suprimir el dolor, bien pronto dejó el botiquín médico para ir a caer entre la ociosidad y el vicio; entre la vida enervante de las guarniciones, entre los rentistas, los comerciantes y las personas acomodadas, sobre todo aquellas que tienen gran cantidad de tiempo libre y muy pocas cosas en qué pensar; entre la vida disoluta y cortesana, entre los degenerados, los corrompidos por las rentas exuberantes, entre los burgueses, los cómicos, los artistas, los poetas decadentes, hurgadores dentro de los paraísos artificiales, fuente donde su musa abreva histérica las más disímbricas extravagancias.

Tres puertas por lo tanto se abren para dar libre entrada al templo pagano de la morfina a saber: la del dolor físico, la del dolor moral y por último la de la búsqueda de los placeres nuevos.

Los que entran por la puerta del dolor físico son siempre llevados de la mano por el médico imprudente que un día puso a su alcance una jeringuilla hipodérmica y unas ampollitas del remedio heroico que, como arma de dos filos, se cierne sobre la vida del infeliz paciente. De hecho, el médico tiene una misión sublime, mitigar el dolor, dicho más exactamente, suprimir el dolor. Pero el hombre que lo esquiva

asiéndose a la morfina bien pronto cae en su hábito, en su necesidad que es más tremenda que la esclavitud.

Por la puerta del dolor moral entran los intelectuales, aquellos que a través de las páginas de la literatura morbosa han sabido que esta droga tiene la virtud de hacer olvidar, que produce la indiferencia en el ánimo y amortigua las penas más profundas, los pesares más hondos. Aquellos que agobiados por los fracasos sociales o sentimentales ven en ella el olvido y la paz y en fin...

Por la puerta de la búsqueda de placeres nuevos, entran aquellos que lejos del amor al trabajo y a la vida activa, que esclavos del vicio y la crápula, no satisfechos con los apetitos de orden inferior y víctimas de las concupiscencias más bajas tratan de encontrar en la droga nuevos motivos de placer.

Todos tienen una temporada de goce: es la luna de miel del morfínmano. Esta temporada varía entre unas cuantas semanas y varios meses durante los cuales el morfínmano se siente feliz, no se cambia por ningún mortal. Los escritores crean las páginas más ardientes y encomiásticas de su literatura morbosa; y tratando de hacer prosélitos, exaltan sus beneficios, que creen sentir al entrar en esa fase de bienestar inestimable en la cual las ideas son más flúidas, los pensamientos más brillantes. Pero todo esto es ficticio. "El hombre en efecto es mucho más esclavo del sentimiento que del pensamiento, y no pueden en manera alguna compararse las exigencias de un instinto y las de una idea" ha dicho con admirable certeza el médico jefe del asilo de Villajuif, profesor de Legrain. Sin embargo, el hombre no es naturalmente inclinado hacia los hombres. El altruismo es tan sólo un barniz de educación, que bien pronto pierde su brillo dejando campo a las satisfacciones del Yo. El morfínmano bien pronto, más pronto de lo que se pudiera sospechar, se ve sujeto a los apetitos del intoxicado que gravitan sobre él, con peso superior no sólo a sus propias fuerzas sino a las de la especie. Su sensibilidad se pierde, su moral se extingue y este embotamiento y esta pérdida desempeñarán un papel enorme en su vida; se vuelve egoísta y este egoísmo tiene dos variantes: la variante placentera y la variante de abandono.

La variante placentera en general no tiene nada de elevado; no conduce hacia las altas especulaciones del espíritu sino más bien hacia los goces materiales; el morfínmano bien pronto se vuelve mentiroso, pasa por un mundo de engaños en el cual solamente busca satisfacciones personales aun a costa de sufrimientos en los seres que le debieran ser más queridos.

En la esfera sexual es donde aparece más pronto el desorden, y nada demuestra mejor la preeminencia creciente del ser grosero, de la bestia a medida de los progresos de la intoxicación por la nefasta droga. Las costumbres imponen normas al libre desencadenamiento de los instintos. Perdida la crítica personal, el morfínmano cae bien pronto en las abyecciones más inenarrables, la derivación en el sentido de la galantería pasa los límites del platonismo para entrar en la falta de pudor y decencia, en la pérdida del respeto a la mujer y aun más a la doncella, ultrajando las costumbres y el sentido de la ética.

Pero si la esfera sexual se ve tan maltrecha, no lo es menos la social. En la variante de abandono, el morfínmano se descuida totalmente, los hábitos de higiene le empiezan a ser desconocidos, su actividad se nulifica, sus costumbres se trastornan hasta el extremo de presen-

tar aspectos lastimosos. Es aquí cuando surge el período llamado de arrepentimiento, en los pocos instantes en que el morfínmano piensa en su vida, en que se da cuenta del costo enorme que le significa sostener un vicio de tal magnitud, y trata entonces de quitarse de la droga.

Paulatinamente la indescriptible sed de morfina ha ido aumentando la cantidad y la frecuencia con que se aplica la inyección. Sus fuerzas económicas se ven tristemente quebrantadas, la droga en modo alguno constituye para él un placer, sino muy por el contrario es una penosa necesidad: Intentará, en vano y por su cuenta desasirse de las redes en que ha caído, romper las cadenas que le sujetan. Sus pensamientos todos le conducen hacia un fin, romper la esclavitud, lograr la libertad. ¡Qué crueles dolores le acechan! Las primeras intentonas de liberación se traducen en sudores profusos, en angustias inenarrables, en desesperaciones sin límites y a la supresión de la dosis habitual sigue la "ración de lujo" que calmará los ayes de la carne macilenta y marchita. Su organismo se quebranta, el apetito disminuye, la vida sexual desaparece. El panorama es bien triste. Cargado de deudas, impotente, pálido, desencajado, deambula miserablemente en la búsqueda de la nefasta droga. Llega un momento en que no tolera los alimentos, pierde las fuerzas y su razón se extravía. Entonces se recurre al médico.

Los familiares, los amigos, se sienten obligados a librarlo del mal en que ha caído, y deciden internarlo en un sanatorio donde empieza la lucha más terrible. Primero el destete, después la reconstrucción moral del individuo.

Pero no debemos olvidar que la felicidad en inyección o en polvo que se sorbe como rapé, por las narinas, es el privilegio de verdaderos locos. Es como ha dicho Legrain, citado por nosotros: "simun de la decadencia, el delirio de las sensaciones, el coronamiento de este edificio carcomido que es el intelecto humano desmantelado, desarticulado, presto a hundirse en la demencia".

Aun a riesgo de sufrir la misma suerte de la voz que clama en el desierto, levantamos desde estos renglones nuestra protesta contra los gobiernos, contra los fabricantes, contra todos aquellos que viven de la desolación y de la muerte, propagándola y sosteniéndola con fines imperialistas o de conquista. Lo hemos dicho y estamos prestos a demostrarlo, las naciones han suplido en la época presente las armas y los implementos guerreros por los contrabandos inicuos de drogas mal llamadas heroicas.

Antes, mucho antes que "La Liga de las Naciones" se pusiera en evidencia en los ruidosos fracasos del Japón e Italia decretando ridículas sanciones, ya sabíamos de su absoluta inutilidad. Constantes comunicaciones, sometidas a absurdo papeleo, dieron cuenta de que sin excepción todos los gobiernos infringían disposiciones que nunca pasaron de ser un simple mito.

Ante la restricción de las cantidades de opio, autorizadas a comprar por cada nación, respondieron el Japón y Alemania, creando una nueva forma de morfina llamada "sintética" y dedicada exclusivamente para el contrabando. Esta clase de morfina tóxica, incomparablemente más tóxica preparaba la mentailidad de esclavo del toxicómano, que ante las ficticias virtudes de que se encuentra adornado el estupefaciente no podía pesar en la balanza las amargas consecuencias

que aniquilan y que el vulgo ignora. Chorros de oro se invierten en su tráfico. Los más ingeniosos medios sirven para trasladar toneladas del fatídico estupefaciente a ciencia y paciencia de las autoridades que ignorantes dictan las disposiciones más absurdas.

Durante mucho tiempo abrigamos la esperanza de ver convertida en realidad, la destrucción del comercio de este veneno colectivo. Sabíamos que la droga consumida en la China del Norte provenía de Dairen, donde entraba de contrabando a China por Tientsin y Tzingtao, y que según informes dignos de todo crédito los japoneses tenían numerosas fábricas que rendían mensualmente morfina por millones de dólares.

La antigua concesión nipona de Tientzin era el centro de casi todo el nefasto tráfico de la ciudad. En Akiyama Road se advertía constantemente la actividad fatal de los fumadores de opio y en las tiendas establecidas en las casas de dicha avenida, colindantes con la concesión francesa, y de un extremo al otro partiendo del cruce de Asahi Road, se suceden los letreros con estos signos: "Hong". Es en estos "hong" donde la droga se encuentra al alcance de todas las fortunas. Allí se hace la venta al menudeo. El estudiante chino, la esperanza de la patria, bien pronto cae aniquilado por el proselitismo que de manera continuada ejerce el japonés. A falta de monedas con que adquirir la droga ésta es proporcionada a cambio de joyas y vestidos. Estos "hong" se ven concurridos no tan sólo por estudiantes sino por la clientela más heterogénea de mujeres y señoritas de todas las esferas sociales, entre ellas chiquillas de catorce años, bellas, bien vestidas, que acuden ahí a surtirse de la nefasta droga.

Mr. E. W. Allen en su formidable artículo escrito hace varios años puso de manifiesto la existencia del "Palco del horror en Peiping". En la calle Hatame existe un inmueble de dos pisos pintado interiormente como fumadero y en donde además de surtir de pipas de opio a los fumadores, se venden cantidades fantásticas de estupefacientes. No sería por demás exagerado decir que el noventa por ciento de la población flotante japonesa de China y en otras naciones se dedica al contrabando de las drogas heroicas.

Hace varios años, bajo el rubro de "La Conquista de los Estados Unidos por las drogas heroicas", escribí una serie de artículos en que demostraba ampliamente cómo se verifica el contrabando de dichas drogas a través de toda la República Mexicana con destino al vecino país. Demostré también, que durante dicho tránsito una muy buena parte de la droga era consumida por gran cantidad de prosélitos mexicanos. Y a riesgo de sufrir las amenazas anónimas de que fui objeto sostuve que el peligro se cernía sobre nosotros, desenmascarando a múltiples inodados en dicho comercio inicuo.

Durante la conferencia del opio celebrada en Ginebra en 1924 y 25 el señor Sigismure, delegado del Japón, declaró enfáticamente que si su país jamás había sufrido dominación extranjera se debía a que sus compatriotas nunca han fumado opio ni absorbido drogas heroicas.

A esto, agrego yo: el japonés no tan sólo tiene la perfecta conciencia del peligro que entrañan los estupefacientes sino que también sabe manejar estos mortíferos venenos como armas de penetración. Al escribir la historia de la conquista de China habrá que mencionar como el arma más poderosa a las drogas heroicas.

México, D. F., septiembre de 1936.

Los maestros españoles a los maestros de todo el mundo

(Copia para LIBERACION)

La Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza, la Asociación Nacional del Magisterio y la Confederación Nacional del Magisterio Español, han dirigido a las principales asociaciones del cuerpo docente mundial el siguiente manifiesto:

"Un grupo de generales se ha levantado en armas contra nuestro pueblo y nuestro gobierno. En un principio no nos fué posible hacer llegar fuera de España el concepto que ese acto merece a nuestras asociaciones que agrupan casi la totalidad del magisterio de España. Estábamos entregados a la lucha cruenta que se desarrollaba. Hoy, aunque la lucha no ha terminado, quedan ya un poco lejos las situaciones difíciles de los primeros días. La vida ha recobrado su aspecto normal en todas las ciudades controladas por el gobierno legítimo de la república que son las más y las más importantes de España. Esto nos permite reunirnos y dirigirnos, en unánime expresión, a la opinión pública extranjera y especialmente al cuerpo docente del mundo. Con ello esperamos desvanecer toda posible duda acerca de lo que significa la lucha que sostenemos, y confiamos obtener de maestros y profesores el apoyo moral que representa hacer llegar hasta la más lejana e insignificante de las aldeas, la verdad de lo ocurrido.

El 16 de febrero del año en curso el pueblo español, por libre ejercicio del sufragio universal, se dió un gobierno democrático y liberal, expresión máxima del espíritu republicano que, en el año 1931, había producido nada menos que un cambio de régimen sin verter una gota de sangre. La Iglesia, los grandes terratenientes, los militares, en suma: las fuerzas reaccionarias, quedaron derrotadas. Pero en vez de respetar la voluntad del pueblo, se coaligaron para perpetrar contra él el más espantoso de los crímenes.

Quisieron imponer su voluntad y defender sus privilegios que condenaban a los obreros del campo andaluz, por ejemplo, a cobrar salarios de una y media peseta diarias; buscaron, para ello, la alianza de otras naciones; prepararon el envío a España de las tropas de la legión extranjera y de los rifeños; y alardeando de patriotas—ellos, los que lanzan a moros y legionarios contra los obreros y campesinos españoles, contra socialistas, comunistas, republicanos y hombres y mujeres libres—acusaron al gobierno de España, elegido democráticamente, de "marxista" y antipatriótico.

A ese crimen—no hay palabras para calificarlo debidamente—ha respondido el pueblo con unánime indignación. Los hombres de las ciudades, los hombres de la meseta y del litoral, los intelectuales como

Menéndez Pidal, Marañón, Ortega y Gasset, los católicos sinceros como Osorio y Gallardo—figura preclara del foro español—, los pequeños industriales y comerciantes, todos se han levantado contra los generales que hicieron traición a su patria y a su juramento de lealtad republicana.

Esos hombres, esos traidores, son fascistas. Para el pueblo español, para todo el pueblo español, ser fascista significa ser un traidor a la patria, un hombre sin honor, un enemigo de la cultura, del progreso y de la paz.

Nosotros hemos empuñado las armas al lado de nuestro pueblo. Lo hemos hecho para defender una causa justa, la causa de la libertad. Esto nos ha conquistado un odio feroz por parte de los rebeldes. Crueles con todos los vencidos se ensañan especialmente con los maestros de escuela, con los profesores. Cuando los mercenarios de Franco y Mola entran en un pueblo, preguntan ante todo por el maestro. La simple condición de republicano liberal, el mero hecho de no haber asistido regularmente a las ceremonias religiosas es suficiente para que nuestros compañeros sean fusilados. Pero proseguimos la lucha. Queremos que se respete la voluntad popular. Queremos el triunfo de la ley y de la democracia. Queremos una España libre y culta. Queremos que la paz reine entre todos los pueblos.

Por esto nos es difícil creer que los hombres sensibles a los grandes principios éticos de la Humanidad vacilen al condenar a los criminales rebeldes. Por esto nos es difícil comprender que ciertos pueblos democráticos coloquen en un mismo plano a rebeldes y al gobierno legítimo de la República, a traidores y a hombres que luchan por la libertad de su país y, en definitiva, por la libertad de Europa.

La única razón de este fenómeno nos parece encontrarla en la ingente propaganda que los fascistas han sabido organizar en todo el mundo, desnaturalizando por completo la realidad de los hechos. Y para que nadie pueda llamarse a engaño, nosotros, representantes del Magisterio de España, enviamos el presente manifiesto a maestros y profesores de todo el mundo en la seguridad de que nuestras palabras no caerán en el vacío, y en la esperanza de que las grandes asociaciones del cuerpo docente extranjero, requerirán de sus respectivos pueblos y gobiernos el apoyo decidido, incondicional, material y moral, en favor del gobierno legítimo de la República Española".

Madrid, septiembre de 1936.

"GRAN CAFE POPULAR"

El preferido por todas las clases sociales del país

Domingo Tura Ricart

Teléfono 3171

— San José, Costa Rica

España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936

Por VICENTE SAENZ

(Serie de 18 artículos publicados en el diario La Hora, San José, Costa Rica. Acogidos para su reproducción en 22 periódicos hispanoamericanos y en las más importantes publicaciones y radiodifusoras de la Agencia "Columbus".)

A boca de jarro, abriendo todavía equipajes, me pide don José Marín Cañas, Director de *La Hora*, una serie de artículos sobre las siete semanas de revolución que viví en Madrid. Pero han de ser—agrega el compañero—sobre la marcha, porque los lectores los esperan ansiosamente.

Mis impresiones, pues. Frases en las cuales llegue a sentirse el tronar de los cañones, el tableteo de las ametralladoras, el zumbido de los aeroplanos, el estruendo de las explosiones; y en las que cada palabra sea el eco de una protesta, de un grito de dolor, de un lamento de los heridos que se desangran en las ambulancias o sobre el pavimento calcinado de las calles.

Se desea, entonces, que narre yo lo que vieron mis ojos y oyeron mis oídos en aquellos días trágicos de julio y agosto de 1936, que llenarán páginas enteras de la historia de España. De la España viviente, sufrida y heroica, que con los puños en alto defiende sus derechos a costa de la vida. De este material humano español, tanto o más interesante que las iglesias, el Escorial y los alcázares.

Aquéello, el dolor y la batalla hasta la muerte por mejorar la vida, es el presente que se plasma en porvenir. Y los monumentos, las reliquias históricas, los museos, los castillos, sólo constituyen el pasado de la gran matriz española de civilización y de cultura.

¡Esa gran matriz sangrante que con sentido humano, de alta humanidad, quiere hoy producir hombres en lugar de catedrales!

Difícil será que pueda, quitando el pie de un estribo para ponerlo en otro; con graves cuidados de familia por enfermedad de mi más pequeña hija, a quien por segunda vez debe operarse; teniendo, además, que preparar urgentemente un número doble de LIBERACION, complacer al Director del popular periódico vespertino en todos los puntos que él desea. Pero van, por lo menos, a grandes rasgos y en forma sintética, las primeras cuartillas sobre la realidad española que he vivido y sentido intensamente, desde el momento en que sin dificultad alguna pude desembarcar en Santander.

Primeras impresiones

8 de julio de 1936. Ya estoy en España. Un mozo de boina, alto, fornido, tostado por el sol y el viento del Cantábrico, me ayuda en la aduana y lleva mis valijas a un automóvil previamente contratado por él mismo.

En el trayecto me habla del viaje de Alcalá Zamora, a quien acabamos de ver en el muelle con sus familiares. Van todos ellos hacia el norte de Europa, en el vapor alemán en que yo vine. «Todo esto es misterioso—exclama—. La situación se hace cada día más grave».

Le pido consejo sobre hoteles que no sean de alta tarifa. Llegamos a

uno que él conoce. Discute con la administradora. Se fija el precio: «Un precio razonable porque es hispanoamericano, de una tierra que se llama Costa Rica, en la que han hecho fortuna varios santanderinos». Al liquidar con mi amable guía y consejero de una hora, se encoge de hombros: «Lo que usted quiera. ¡Qué más da!».

Rato después voy por las calles de Santander. Bullicio, animación, tiendas y calles llenas de gente. Hacia las tres de la tarde estoy en la Universidad Internacional de Verano, institución de cultura creada por el Gobierno de la República según decreto de 23 de agosto de 1932, cuando era Ministro de Instrucción don Fernando de los Ríos. Está emplazada en la península y en el Palacio de La Magdalena, antigua propiedad del Rey.

Fué para mí impresionante ver convertidas ciento cuarenta habitaciones de la que fué regia mansión de verano, en salas de estudio, en aulas, en comedores, en dormitorios para profesores y alumnos. Allí donde hacían sus reuniones y tomaban manzanilla cortesanos y señoritos de la confianza de Su Majestad, hay ahora conferencias, bibliotecas, inquietud intelectual. Y allí donde estaban las caballerizas reales ya no se oye el relincho de los caballos, sino la voz alegre de los estudiantes que fortalecen su cuerpo en los deportes.

¡He aquí parte de la obra de la «República Roja» y del catedrático don Fernando de los Ríos, actual Embajador en Washington!

Visito después, entre otros monumentos históricos, la antiquísima catedral. El que hace de guía se detiene frente a una pila de agua bendita, asegurándome que fué labrada por un moro y traída desde Córdoba en el siglo XII. A continuación recita unos versos dedicados a esa joya de piedra cuya edad asegura que lo emociona.

Hablo con el sacristán y dos canónigos: «¿Los persigue la República?» Contestan que solamente en lo monetario podrían quejarse porque han disminuído las entradas. Ya el Gobierno no les da lo que antes recibían. Por lo demás, en materia religiosa, en lo que se refiere a difusión y enseñanza de la fe católica, no pueden ni deben hacer en justicia ningún reparo al Gobierno del Frente Popular.

Me despido de los santos varones. Cerca de la salida principal, en el muro de la izquierda, hay un rótulo que dice:

Llamadas de Comunión

- Formas para la Sagrada Eucaristía - Un golpe de timbre -
(Señor don Anselmo.)
Fieles para el confesionario. - - Dos golpes de timbre - -
(Señor don Benito.)
Encender las velas del Altar Mayor. - - - Tres golpes de timbre - - -
(Señor don Indalecio.)
Repique de campanas. - - - - Cuatro golpes de timbre - - - -
(Señor don Pedro Vindas.)

Madrid, 10 de julio de 1936. El profesor Laudelino Moreno y su ayudante, don Gerónimo Luengo, me reciben y acompañan. Estamos con Luis Araquistáin. La conversación se refiere a hombres y cosas de América. Me parece no haber salido de nuestro continente. ¡Esto es México, esto es Cuba, esto es Cartagena de Indias, esto es Caracas!

No, no he venido a conocer España. Ya la conocía. Cuestión ancestral. Atavismo. He regresado a estas tierras después de trescientos años de ausencia; después de haber partido a otras regiones, también españolas, en la carne y en la sangre de mis antepasados.

Araquistáin, Alvarez del Vayo, Barnés, de los Ríos, han sentido la misma impresión en nuestra América. Cuando en ella estuvieron no les pare-

ció haber salido de España. Los mismos hombres, el mismo espíritu, el verbo de Cervantes, marcado en todo el sello profundo de la eternidad española.

Y también iguales en su carácter, en lo que es defecto para otras razas, los de este y aquel lado del Atlántico. «Se prohíbe fumar», y todo el mundo fuma en los tranvías y en el «metro». «No escupa usted», y a nadie le parece cuerdo tragarse la saliva. ¡Tampoco se la tragan al sur del Bravo histórico!

Pero estos detalles no tienen importancia cuando ve uno hacia lo alto; o cuando se reconcentra y siente en lo más hondo el palpitar del alma española. A través de la grandeza de América, a través de esa alma hispana intensamente creadora, han comprendido altos valores peninsulares la grandeza de su patria. Y a través de la grandeza de España comprendemos nosotros hasta dónde pueden llegar la grandeza y el poder creador de América.

«Bolívar es nuestro—me decían en Madrid—hombres de letras—, y nuestros son Hidalgo, Morelos, Sarmiento, Montalvo, Sucre, San Martín.» Yo les contestaba que también son de nosotros, de los hispanoamericanos, Lope, Calderón, los clásicos de ayer y los clásicos de hoy, Pérez Galdós, Valle Inclán, Marañón, Sancho, Don Quijote.

Esa es la unidad de América y de España. La unidad que ha podido sentirse más en estos años de lucha republicana por la libertad y por la democracia. «Por la independencia—contestaban mis contertulios españoles— que ustedes hicieron efectiva hace cien años largos, y que nosotros no hemos podido realizar ni conquistar todavía. El destronamiento de un monarca— agrega uno de ellos—nada significa si solamente se trata de una substitución de mandatarios, la que apenas mueve las cumbres del poder político».

Demasiado galantes en sus apreciaciones sobre la realidad de nuestros países mostrábase aquellos buenos y recordados amigos de Madrid, porque entre nosotros tampoco ha podido conquistar el pueblo su independencia en el profundo sentido en que esta palabra debe tomarse. Pero dejo lo de América para ceñirme a España y a lo que ya se vislumbraba: la rebelión militar para la cual señalaban algunos fecha fija.

Agresividad de los reaccionarios con el Frente Popular

Efectivamente, la rebelión militar se vislumbraba, se sentía, de ella hablaban públicamente amigos y enemigos del régimen republicano. Yo no acertaba a explicarme la razón de aquel movimiento en ciernes. Y comentábamos en nuestra «peña» del café «La Española», a cien metros de La Puerta del Sol, que el malestar sería comprensible entre las organizaciones de trabajadores, entre las grandes mayorías que continuaban a merced del poderoso grupo minoritario, formado por capitalistas, el alto clero y aristócratas de todo jaez. Pero no entre las castas privilegiadas que gozaban, según queda dicho, de todos los privilegios que obtuvieron desde la Reconquista.

Por eso me llamaba la atención que pudieran ser calificados de extremo, por los periódicos de la derecha, letrados y liberales auténticos de la talla de los señores Barcia Tréllas, Azaña, Casares Quiroga, Alvarez Buylla, Barnés y otros caballeros de igual moderación en materia política. Estos señores no pasaban de ser republicanos. ¡En el Gobierno no había un solo socialista ni un solo comunista!

Juzgando la situación imparcialmente, no había razón alguna para que los reaccionarios se mostrasen en tal forma agresivos con el régimen del Frente Popular, que había llegado al poder en libérrimas elecciones después del bienio de Lerroux y de Gil Robles.

Huelga decir que la oposición escrita la hacían fuertes empresas periódicas, financiadas por los grandes succionadores del pueblo y por la Compañía de Jesús, en connivencia con los llamados fascistas o falangistas. Estos últimos tenían organizados a varios grupos de pistoleros, quienes desde sus automóviles provocaban con frecuentes asaltos a los trabajadores sindicalizados.

Tales actos de la reacción armada culminaron con el asesinato del

Teniente Castillo, uno de los jefes más queridos y estimados de las Guardias de Asalto, organización oficial de policía. El homicidio de este joven militar provocó una ola de indignación y de protesta entre todos los elementos enemigos de la caverna. Y en la madrugada del día siguiente, como una represalia que no obstante ser humana reprobó el Gobierno enérgicamente, pagó aquel crimen con su vida don José Calvo Sotelo, a quien sacaron de su residencia y llevaron muerto al cementerio varios compañeros del guardia sacrificado horas antes por los falangistas.

Reunión de la Comisión Permanente de las Cortes después de haber sido muerto Calvo Sotelo

Estos lamentables acontecimientos caldeaban el ánimo de unos y de otros. El señor Gil Robles, en la sesión de la Comisión Permanente de las Cortes, celebrada el 15 de julio de 1936, hizo acusaciones temerarias al Gobierno. El señor Barcia, Ministro de Estado, se enfrentó a la pasión desbordada del señor Gil Robles, habiendo dicho, entre otras cosas:

«Las palabras de su señoría, muchísimo más que una injuria, son una imputación calumniosa. Tengo que sofrenar una vez más mis sentimientos, ahogar la pena, dejar que el dolor me corroa, porque una pasión que conturba de tal manera el espíritu y la reflexión de su señoría, con un fondo de iniquidad tan espantoso, sólo me permite exclamar que a la historia entregamos el resultado de las actitudes y de los conceptos que fueron aquí vertidos. No, señor Gil Robles: nos damos cuenta exacta del momento en que vivimos, y nosotros quisiéramos buscar en el espíritu de todos un refugio para que esta pasión no continuase exacerbándose progresivamente y no llegase al grado de paroxismo en que la ha colocado su señoría. Sabemos que por encima de todo, más allá de cuanto nos pueda dividir, hay intereses esenciales y fundamentales que tenemos que defender, los de España. Y esos intereses no se defienden, señor Gil Robles, con los términos verdaderamente monstruosos a que ha llegado hoy su señoría».

A continuación el Ministro Barcia manifiesta que el Gobierno está seguro de los preparativos que se hacen para un golpe de estado en Navarra, en Burgos, en Galicia, en parte de Madrid y en otras regiones de España, porque «no queréis acatar lo que ha representado el triunfo del 16 de febrero, y de ahí toda vuestra política y vuestra actuación, en pugna con la gran mayoría del pueblo español. Yo creo que el Gobierno se ha quedado corto al no meter mano a fondo a los elementos responsables de la guerra civil que se avecina en España. Los culpables de lo que ocurre sois vosotros, los de la derecha, con vuestro dinero y con vuestras organizaciones. Pero haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España.»

Por su parte don Indalecio Prieto, después de rebatir punto por punto al Señor Gil Robles, hizo un llamamiento a la cordura y a la serenidad, lamentando la muerte del señor Calvo Sotelo, tan dolorosa como la de Sirval y la del Teniente Castillo que fueron aprobadas por las derechas. Tanto el señor Prieto como el Diputado Díaz Ramos se refirieron, además, a los actos brutales cometidos en la represión de Asturias, cuando «tropas moras pasaron por el filo de sus gúntas a los mineros españoles».

A pesar de la serenidad del Gobierno republicano y de sus esfuerzos por evitar nuevos choques, el comentario público era inquietante. Las derechas seguían sus preparativos bélicos. Y el movimiento estallaría posiblemente con anticipación, como resultado de la muerte del señor Calvo Sotelo.

Sin embargo, no se tomaban medidas para evitarlo: los republicanos no deseaban que pudiera acusárseles de perseguir a nadie sino cuando los hechos estuviesen consumados, aumentando semejante actitud el desconcierto. ¡Y había en España, para un ejército menor de cien mil hombres, 860 genera-

les, de acuerdo con datos del Anuario Militar! Esos generales, muchos de ellos con sabrosas jubilaciones, estaban graduados en la siguiente forma:

Tenientes generales.	31	
Generales de División	68	
Generales de Brigada	315	
Generales honoríficos	319	
Generales de cuerpos especiales y asimilados.	129	
Total	860	Generales

Dominio económico de las derechas

Estos señores de vistosos galones y los militares de menor graduación monárquicos casi todos, eran sin duda un peligro para la República. Así lo comprendían quienes no fuesen ciegos, habiendo tenido oportunidad de comentar a nuestras anchas la posición del Gobierno varios escritores y artistas, en el restorán «Las Flores», en la noche del 16 de julio.

Estábamos allí reunidos en amable comida que me dedicaban, y aproveché la oportunidad para obtener detalles que me parecieron sumamente interesantes. Luis Araquistáin, Julio Alvarez del Vayo, el pintor Luis Quintanilla, Francisco Carmona Nenclares, Alfredo Lagunilla Iñárritu y algunos otros amigos llegamos a la misma conclusión: la República no ha hecho nada todavía que pueda llamarse revolucionario.

Esto era cierto. Casi todas las calles de Madrid están iluminadas con gas. Le parece a uno vivir en siglos pasados. Yo preguntaba el por qué. ¡Viejas concesiones a grandes empresas de alumbrado público!

Los tranvías, el subterráneo, los ferrocarriles, pertenecen a empresas privadas que sacan anualmente millones de pesetas al pueblo español. Y cuando ha sido indispensable aumentar los salarios de hambre a los trabajadores, las directivas declararon que no era posible hacerlo. Fue entonces necesario que el Gobierno aportara gruesas sumas. Sólo a los ferrocarriles les ha dado el tesoro público algo más de dos mil cien millones de pesetas, sin atreverse siquiera a exigir que fuesen reducidos los sueldos fabulosos de los altos empleados de las 86 compañías ferroviarias que acogen a España.

Cosa semejante estaba sucediendo con la Transatlántica Española, y con los haberes pasivos del clero, y con las compañías de seguros. La República seguía siendo su protectora. Respecto de estas últimas empresas, las de seguros, ni siquiera tenían que pagar comisiones a vendedores de pólizas. En las portadas de todas las casas puede leerse un rótulo que dice: «Asegurada contra incendios». Yo alababa el espíritu previsor de los españoles. No es previsión—me contestaba algún amigo—, sino que la ley obliga a asegurar todos los inmuebles bajo fuertes sanciones. Y me asombraba de que el seguro no fuese del Estado sino de capitalistas privados, a quienes la ley beneficiaba en forma verdaderamente inexplicable.

Respecto a lo que en España se llama «Banca Oficial», es en realidad banca privada con dineros y garantía del Estado, pero sin el control del Gobierno sino de los accionistas particulares. A mayor crisis, a mayor miseria, mayores dividendos. El Banco de España, los duques, marqueses y condes que tienen la mayoría de las acciones, obtuvieron el año pasado 160 millones de pesetas de dividendos netos, lo que equivale a un 27 por ciento de interés anual.

Por eso ha dicho un comentarista que el Banco de España es la gran casa de empeño de aquel país. En lugar de colchones, en lugar de camas y de máquinas de escribir o de coser, admite la pignoraición de industrias, de minas y del propio Estado, cuyas emisiones quedan también en manos de la benemérita institución.

¿Por qué, entonces, tramaban estas clases privilegiadas un levanta-

miento militar? Seguramente porque tenían perder parte de sus inconcebibles privilegios. No querían desprenderse de nada. Ni de una mínima parte de los enormes latifundios de Extremadura y Andalucía. Y por cerrillismo, por codicia, por defender lo menos, preparaban el movimiento que con el auxilio de los moros y de la legión extranjera llenaría a España de dolor y de sangre.

La emoción de Toledo

Toledo, 18 de julio de 1936. Estoy en la ciudad imperial con los profesores Laudelino Moreno y Gerónimo Luengo. En esta ciudad que ofrecerá dentro de pocas horas, sin que al visitar sus monumentos pudiera sospecharlo, uno de los aspectos más trágicos de la actual guerra civil española. Dentro de sus muros se conservan riquezas y joyas artísticas de diversas épocas y civilizaciones. Arquitectura de casi todas las edades. Hebreos, árabes y cristianos confundidos a través de la historia. Y sombras también, reflejadas en el Tajo, de los remotos y desconocidos fundadores que vinieron de Grecia, o que fueron enviados a esta Iberia indomable por Nabucodonosor.

La Catedral. Inmensa mole de piedra y de granito. Contemplando sus torres gigantescas, de pie bajo las fundidas toneladas de bronce de su «Campana Gorda», pude darme cuenta de la conquista y de la colonización de América. ¡Hombres capaces de levantar semejantes construcciones, bien podían atravesar el océano y dominar un nuevo mundo!

Es esa catedral vive uno en plena edad media, y va entrando en el Renacimiento conforme atraviesa naves y capillas de variada arquitectura. Las puertas, la orfebrería, el retablo del altar mayor, los artesonados de estilo mudéjar, las pinturas murales, el sepulcro de doña Juana Pimentel y del Condestable don Alvaro de Luna, los trabajos de hierro, las tallas en maderas preciosas, los altos y bajos relieves, el cuerpo en mármol del Cardenal Mendoza cubriendo sus cenizas, la voz de los canónigos en el coro majestuoso, todo allí es emoción y es grandeza.

Emoción y grandeza son también el Castillo de San Servando, el Arco de la Sangre, la Mezquita del Cristo de la Luz, Santa María la Blanca, el Cristo de la Vega y la Iglesia de Santo Tomé con «El Entierro del Conde de Orgaz», cuadro famosísimo del Greco.

Por las callejuelas estrechas de Toledo seguía con mis amigos visitando monumentos: la Sinagoga del Tránsito, hecha por Samuel Leví en el siglo XIV para uso de la aristocracia, como era para el pueblo la de Santa María la Blanca. Las puertas de la ciudad: la de Bisagra, la de Alfonso VI y la del Cambrón. El Zocodover, plaza principal de la metrópoli, antigua de varios siglos. Y el Alcázar, el grandioso Alcázar, con sus patios, con sus profundos sótanos, con sus torres gallardas del siglo XIII.

Hemos subido, hemos bajado, hemos ido de derecha a izquierda. Estamos por fin en una casa que a todos nos llena de recogimiento. Data del siglo XIV. Vivió en ella Dominico Theotocópuli, el inmenso pintor llamado El Greco. Su dormitorio. Su pequeña sala de estudio. Y en lo alto el salón blanco de luz en que pintaba.

En otro sitio de la ciudad el Mesón del Sevillano, con su color y sabor de los siglos XVI y XVII. Entro en el patio con reverencia. Esta es la famosa posada que inmortalizó Cervantes en su novela ejemplar, «La ilustre fregona»: «...Y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la Posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe».

Vamos caminando de nuevo hacia la Catedral. Queremos admirar el tesoro que no nos fue posible ver al mediodía. En el trayecto el profesor Moreno habla de historia. Pasan por Toledo las figuras de los conquistadores romanos; el primer prelado católico, San Eugenio; los reyes visigodos; los obispos que asistieron en el año 400 al primer Concilio toledano; el último monarca godo don Rodrigo; el Cid Campeador con su barba y armaduras; los árabes que se apoderaron de la ciudad en 711; don Alfonso VI que pudo conquistarla en 1085, y que «adentróse en la plaza con mucha pom-

pa, concediendo grandes prerrogativas a la población musulmana y judía»; Alfonso X el sabio, autor de las «Cantigas» y protector de artistas y hombres de ciencia; el César Carlos V, rodeado de cortesanos; todas las figuras centrales de España, en fin, hasta 1560, en que Felipe II trasladó a Madrid la capital del reino.

No es posible ver el tesoro de la Catedral

Ya estamos al pie de la iglesia, frente al palacio del Cardenal Primado de España. Desde la calle admiramos una vez más las altas torres. Allí, a muchos metros de altura sobre el nivel de la tierra, duerme la campana que horas antes habíamos visto de cerca. «La Campana Gorda»—repite el profesor Moreno—. La mandó a fundir el Arzobispo don Luis de Borbón en 1753, siendo bautizada con el nombre de San Eugenio. Pesa 1543 arrobas. Tiene 35 pies de circunferencia y 12 de elevación.

Ya en el interior del templo insistimos en nuestro deseo de contemplar el famoso tesoro de la vieja catedral, cuyo valor se calcula en varios millones de pesetas. Lino de los señores canónigos nos indica que no es posible verlo, no obstante que nos encontramos precisamente en la hora de visita. Hay algo misterioso en todo esto. Se nota sobresalto entre varios clérigos que cruzan las naves rápidamente, mirando con desconfianza a todos lados. El profesor Moreno discute, presenta sus credenciales y advierte al canónigo que hablará inmediatamente con el Gobernador Civil.

El Gobernador Civil está también inquieto. Se pasea a largos pasos por su amplia oficina. Nos explica las razones que tiene para creer que el levantamiento será cuestión de pocas horas. Dice que los cadetes y casi todos los miembros de la Guardia Civil están reunidos en el Alcázar. Pero no se atreve a proceder contra ellos, ni a evitar que lleven víveres y armas, porque no ha podido comunicarse telefónicamente con el Ministerio de la Gobernación.

Todo aquello me parecía sorprendente, extraordinario. Mas a los pocos días, ya estallado el conflicto, los periódicos publicaron la noticia de que este Gobernador Civil de Toledo estaba en inteligencia con los facciosos, y que con ellos y con su familia se había trasladado al Alcázar. No vimos el tesoro, desde luego, sino que a las seis de la tarde, en plena efervescencia, tomamos el tren de regreso a Madrid.

Al llegar a la capital nos enteramos de que lo mismo que en el Alcázar de Toledo estaba sucediendo en las guarniciones de Madrid, en el Cuartel de la Montaña, en el María Cristina, en el Pardo, Getafe, Vicálvaro y los campamentos de Carabanchel. Militares y falangistas entraban en ellos libremente. Ya los galones tenían encendido el fuego de la rebelión.

Pensé y pregunté de nuevo a compañeros y amigos cuáles eran las razones del golpe de Estado; qué ideología trataban de defender aquellos hombres de charreteras; en qué forma los hostilizaba la República. La contestación siempre era la misma: ha sido demasiado benévola con ellos. Poco después pude confirmar la veracidad de esa respuesta con los números del presupuesto fiscal ante mis ojos.

Ministerio de la Guerra.—Primer semestre de 1936

	Pesetas
Sueldos.—Personal de las distintas armas y cuerpos	88.455.055.00
Gratificaciones de mando, cruces pensionadas, medallas de sufrimiento, uniformes, vestuario, locomoción, cría caballar y demás gastos de guerra	452 545.244.00
Marina de Guerra en el mismo semestre	117.182.293.90
Total Guerra y Marina, clases activas	658.182.592.90

Total Guerra y Marina, clases activas	658.182.592.90
Clases pasivas.—Montepío Militar	22.571.000.00
Retirados de Guerra y Marina y cruces pensionadas	34.618.265.00
Retirados de Guerra y Marina con arreglo a Decretos de 1931, personal en situación de reserva y cruces de los mismos, según ley de 21 de octubre de 1931	55.212.500.00
Total, primer semestre de 1936	770.584.357.90

¡Algo más del 30 por ciento, casi la tercera parte del presupuesto total de la República—calculado para el mismo semestre en 2.540.403.719.62 pesetas—al servicio de espuelas y de tizonas! Y el resto, hasta completar el 51 por ciento, más de la mitad de los egresos fiscales, en las siguientes partidas:

Aval del Estado para empresas ferroviarias y Compañía Transatlántica, intereses y amortizaciones	42.619.312.50
Otras deudas del Tesoro por valores en poder del Clero y de capitalistas, intereses y amortizaciones	468.717.159.56
Comisiones al Banco de España	9.117.651.60
Haberes pasivos de congregaciones eclesiásticas, a extinguir en el primer semestre de 1936	8.250.000.00
Total clases privilegiadas, primer semestre	528.704.123.66
Más partidas de Guerra y Marina	770.584.357.90
GRAN TOTAL	1.299.288.481.56

¡Así trataba y fortalecía el Gobierno «rojo» a los capitalistas, a los tenedores de bonos, al Clero, a las grandes empresas, a los sacrificados militares que quieren ahora defender la civilización occidental con el auxilio de moros mahometanos y de legionarios extranjeros!

Estalla la conflagración, siendo rápidamente sofocada por el pueblo en Madrid y en Barcelona

19 de julio de 1936. Agitación en Madrid, incertidumbre, noticias contradictorias. Renuncia el Gabinete de Casares Quiroga porque, según afirman personas que se dicen enteradas de la situación, el Presidente Azaña no está de acuerdo en que se armen las organizaciones de trabajadores para luchar contra los militares sublevados.

En la madrugada del 20 el tiroteo se ha generalizado en toda la ciudad. El Ministerio de don Diego Martínez Barrio, pocas horas después de haberse constituido, cede el puesto al que ha formado don José Giral. Ya el pueblo está con las armas en la mano, con las pocas armas de algunos cuarteles de policía.

Llegan noticias del resto del país. En Melilla y en Ceuta estalló el conflicto, con el apoyo del tercio extranjero y de los regulares marroquíes. Las difusoras oficiales anuncian que se ha peleado bravamente en las calles de Barcelona. Las milicias populares derrotaron el día anterior, a pecho descubierto, con heroicidad extraordinaria, a los militares que no tuvieron escrupulo en lanzarse contra el pueblo catalán.

Durante todo el 20, ese histórico 20 de julio de 1936, sigue en Madrid la gran jornada contra el golpe de Estado. ¡Ha caído el cuartel María Cristina! Con los fusiles, los cañones, las ametralladoras y los tanques de asalto de esa guarnición logran armarse los milicianos de la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, las Juventudes Socialistas, los partidos republicanos y demás agrupaciones del Frente Popular.

Estos hombres, llenos de valor y de coraje, se lanzan a tomar el Cuartel

de la Montaña, arrojando todos los peligros. Colocan sus piezas de artillería en varios puntos estratégicos de la Plaza de España, en cuyo centro, sobre un alto pedestal de granito, sonríe Sancho Panza socarronamente ante los fulgores de la lanza que lleva en alto don Quijote.

Miles de hombres y de mujeres exponen la vida entre el fuego graneado de las ametralladoras, sin que sea posible detenerlos. La población entera de Madrid quiere tomar parte en la contienda. Ciegos de santa ira están los madrileños, al confirmarse que el General Franco ha transportado a territorio español el primer contingente de seis mil moros. En todos los semblantes hay un gesto de indignación y de protesta.

No olvidan los españoles que estas mismas fuerzas reaccionarias también llevaron a cabo la represión de Asturias, en octubre de 1934, con regulares marroquíes y con legionarios extranjeros. Recuerdan las matanzas tremendas de Oviedo, ordenadas por el grupo de Gil Robles y de Lerroux. Y se habla de la guerra de independencia. ¡Dos de mayo de 1808! ¡Veinte de julio de 1936!

Cómo solía llegarse al generalato en España

«Ante la defección del ejército—dice *Claridad*—acudió el pueblo a sostener al Gobierno, pues cuando los militares traicionan o fracasan como instrumento de defensa, es el pueblo el que se arma y se organiza espontáneamente para la lucha. Se arma para defenderse de la invasión exterior o interior. Invasión, en este caso, de arriba a abajo, brutal, vertical, que los militares tratan de llevar a cabo. Así fueron las guerras de reconquista contra los árabes, así la guerra contra Napoleón, así esta defensa del pueblo en masa, de abajo a arriba, contra espadones sin prestigio».

Y agrega el gran periódico de Luis Araquistáin que el generalato español solía nombrarse, no por méritos de guerra o por la ciencia militar de los favorecidos, sino por cualidades personales que impresionaban a los monarcas de ambos sexos. En el siglo XIX Godoy, gallardo y «castigador», ascendió de modesto guardia de corps a las cumbres del ejército bajo la protección de una reina, que le dió el título de Príncipe de la Paz a cambio de sus caricias. Y muchos generales de esa centuria, en aquel morboso período isabelino, vieron florecer sus entorchados en el campo de la libidine.

Sigue hablando *Claridad*: «En tiempos de la Reina regente la simpatía religiosa substituyó a la erótica. Es la coyuntura de los militares católicos. Polavieja, rezador e inquisitorial, es el espadón representativo de esa época. Luego vienen los generales señoritos, amigos de Baco y de Venus Pandemos, que son los protegidos del último Rey, el de los colmados, el de los prostíbulos, el de los grandes negocios, que él y sus amigos hacían a la sombra del Estado. Pero eso se acabó para siempre. Ya no hay reinas con furor uterino ni monarcas galopines. Los jefes y oficiales del nuevo ejército, el ejército del pueblo, han de elevarse por obra del ejército mismo. Es la democracia que se instaura en las fuerzas armadas, como siempre ocurre en los ejércitos revolucionarios».

Por su parte el periódico *Política* señala en esta forma, cruel sin duda, a los cavernarios del golpe militarfascista: «Banqueros, latifundistas, generales que nunca ganaron una batalla, compinches del ex-Rey en trapicheos y grescas, en las orgías del coto de Doñana y en los concursos del tiro de pichón».

21 a 23 de julio. Tomados el Cuartel de la Montaña y las demás guarniciones de la capital, el pueblo hace bulliciosas manifestaciones de regocijo. Los madrileños están como de fiesta. En todas las casas de los barrios pobres ondean banderas rojas. Niños y mujeres levantan los puños al paso de los milicianos.

Pero la edad media, en pleno siglo veinte, no quiere darse por vencida. Y parapetada en balcones y azoteas dispara rabiosamente sobre los que ganaron la batalla puño a puño, no obstante que ya los generales Goded,

en Barcelona, y Fanjul en Madrid, se han entregado a las autoridades. El «paqueo», sin embargo, parece no conturbar el ánimo de la multitud abigarrada que en calles y en plazas celebra la victoria.

Es emocionante todo esto. La reacción ha querido que España retroceda al pretorianismo y se ha encontrado con la fuerza invencible de los obreros, de los campesinos, de la intelectualidad más prestigiosa al servicio de la gran masa escarnecida y explotada durante largas centurias.

Por esa masa, ciertamente, muy poco ha hecho la República: proyectos, promesas, falta de decisión para cumplirlas. Pero bien saben los trabajadores que perderían lo poco conquistado si el poder cayese de nuevo en manos de la sordidez conservadora.

Y para evitarlo, a fuerza de arrojo y heroísmo, han tomado las armas y han podido vencer en estas jornadas históricas del mes de julio de 1936. ¡Gesta inenarrable la de los madrileños, que debe llenarnos de orgullo a los que llevamos en las venas sangre española!

Por un alto ideal, como los soldados de Bolívar, como los mexicanos de Hidalgo y de Morelos, como los de Juárez contra la invasión francesa, como los de Nicaragua con Sandino, se lanzaron valientemente a la lucha, que es lo mismo que echarse en brazos de la muerte, renunciando pues a la vida, haciendo el sacrificio de sus más hondos afectos.

Quiénes son los milicianos

Exclama emocionado un veterano jefe militar, leal al Gobierno: «Yo no he visto temple como el de estas columnas improvisadas. Ni los feroces legionarios que hoy están matando españoles en Andalucía, bajo el comando de nuestros propios generales; ni los aguerridos mahometanos a quienes ahora bendicen los prelados católicos, llegaron jamás a igualar en los combates de mayor empuje, la impavidez, el valor sereno, la maravillosa combatividad de los milicianos».

Y estos milicianos son los postergados pero altivos trabajadores; son las clases medias, que al fin se dan cuenta de su responsabilidad y de sus derechos; son sus mujeres y sus hijos.

Muy poca cosa les habría bastado: menos sudor en la frente y algo más de pan que les nutriese el cuerpo y el espíritu.

Pero la espuela de los militares desgarró su carne.

Y fué suficiente un alerta del Gobierno, un llamamiento de las organizaciones del Frente Popular, para que se echasen el mosquetón al hombro.

Bien sabían que iban a enfrentarse con la técnica de expertos en matar y con mejores armas. Pero a ellos les inflamaba la justicia. Y si los militares eran duchos en el arte de hacer bajas, las milicias populares estaban dispuestas a demostrar al enemigo que ya saben defenderse.

¡Madres, enormes madres españolas, sufridas y abnegadas!

—¡Me le han asesinado! Allí está. Acabo de reconocerlo en el depósito de cadáveres—, exclama sollozante una mujer castellana al salir del Hospital de San Carlos.

—¿Y cómo cayó, señora?

—Ayer, al tomar el Cuartel de la Montaña. Era un guapo mozo de veintitrés años.

Suspira la madre atribulada. Hay un silencio de muerte en el grupo que la rodea. Millares de mujeres y de hombres se aglomeran frente al vetusto edificio, esperando de un momento a otro la noticia fatal que allí les tiene. Tratan algunos de dar aliento a la buena mujer. Un miliciano cincuentón, su hermano, su marido, la acompaña. Ella dice, enjugándose las lágrimas:

—Más ha de valerle esta gloria de morir luchando que una vida miserable, de privaciones y de penas. No, no era cualquier cosa. Fuerte, alto, lleno de salud. Pero no pasaba de ganar cuatro pesetas.

Solloza de nuevo la mujer y continúa:

—Con medios para educarle, por lo menos doctor hubiera sido. Pero fue honrado su padre. Quiero decir que fué pobre. Y pobres seguiríamos siendo con tan bajo jornal como ganaba el hijo. Por eso fue desdichado. Y ha perdido la vida para que sus compañeros tengan lo que él no pudo tener.

¡Madres, enormes madres españolas, sufridas y abnegadas! Cuántas veces, con sus hijos en brazos, habrán recitado el villancico de Martínez Sierra:

Se lo llevarán.

¡Y era carne mía!

Me lo matarán.

¡Y era mi alegría!

Cuando esté muriendo

dirá: «¡Madre mía!»

Y yo no sabré

la hora ni el día.

Portugal, Italia y Alemania detrás de los militares sublevados

Con la derrota de los militares sublevados en Barcelona y en Madrid; con el desconcierto que causó la muerte del general Sanjurjo, quien había salido de Lisboa a dirigir el movimiento, y se estrelló con su aeroplano a los pocos minutos de haberse elevado; con la actitud de la mayoría de los tripulantes de los barcos de guerra, enérgicos marineros que desconocieron a sus jefes rebelados contra la República; con el empuje, en fin, del pueblo español, que demostraba en toda forma su lealtad a las instituciones democráticas, pudo haber terminado el cuartelazo, ya que estos movimientos sólo triunfan por sorpresa.

Pero la conspiración de los mandobles tenía ramificaciones en todo el territorio nacional y contaba con el apoyo decidido de tres gobiernos dictatoriales de Europa: el de Portugal, el de Italia y el de Alemania. Armas, aeroplanos, ametralladoras, municiones en cantidades fabulosas llegaban constantemente a los partidarios del medioevo. Y a falta de españoles, a falta de respaldo popular, seguían contratando moros en Marruecos los defensores cuartelarios de la civilización occidental.

En tales condiciones el movimiento tenía forzosamente que prolongarse, empezando una lucha denodada en la Sierra del Guadarrama, en Avila, Almansa, Hellín, Zaragoza, Toledo, Guadaajara, Alcalá de Henares, Burgos, Logroño, San Sebastián, Tortosa, Almería, Segovia, Córdoba, Sevilla y Cádiz.

Cuando a un gobierno, cuando a un régimen le falla el ejército, ese gobierno cae inevitablemente. Mas he aquí lo admirable de España: con el noventa por ciento de los militares sublevados y con casi la totalidad de las armas en su poder, la administración republicana pudo sostenerse. Y pudo sostenerse porque al faltarle el apoyo de los espadones y de las espuelas, ocurrieron a respaldar a la República en peligro el brazo y los hombros de los trabajadores.

Así pudo demostrarse que la victoria obtenida por el Frente Popular, en las elecciones del 16 de febrero, se sostenía también con unos cuantos rifles y con unos cañones viejos en el campo de batalla.

Las noticias que se reciben en Madrid durante la última semana de julio exaltan el sentimiento popular. Los asesinatos en masa que ordena Queipo de Llano en Sevilla; el fusilamiento de varios centenares de socialistas en Badajoz; los saqueos y violaciones que cometen los marroquíes en los pueblos por donde pasan; y la constante provocación de los fascistas que continúan «paqueando» y haciendo nuevas víctimas en las calles de Madrid, enardecen a los milicianos que patrullan la ciudad.

El Gobierno, por medio de los periódicos y de las estaciones difusoras, llama al pueblo a la serenidad y a la cordura. Pero el hervor aumenta cuando

desde iglesias y edificios de congregaciones eclesiásticas, convertidos en fortalezas, se sigue disparando hacia las calles incesantemente.

El «paqueo» cobra fuerza inusitada en la mañana del 24 de julio. Las ambulancias recogen constantemente muertos y heridos, sobre todo en la manzana de la Basílica de Atocha, cuyas torres amenazan a los transeuntes con las bocas de fuego de cinco ametralladoras. No queda más remedio que hacer uso de la gasolina y de un mechón encendido, para que las llamas purifiquen inquisitorialmente a los que convierten en cuartel la casa de Dios, o para que la desalojen si a bien y caridad lo tienen.

Esa misma tarde, no por ser iglesias sino albergue de «pacos» y de artilleros; no por persecución religiosa sino por defensa de la vida, arden la citada Basílica de Atocha, la vieja Catedral, Santa Isabel y San Nicolás. En pie quedan los muros gracias a la intervención de los bomberos. Y frente a las fachadas de aquellos templos históricos, antieconómicamente quemados por culpa de quienes debieron haberlos defendido con su medida, con su bondad y con su amor al prójimo; frente a los atrios y los barandales, miles de espectadores comentando el proceder de tonsurados y de fascistas.

El tío pelmazo del sacristán

Los habitantes de una de las más pobres barriadas de Madrid, que en verano viven en la calle, con hijos y nietos metiendo ruido, están aglomerados en torno de un antiquísimo santuario en llamas. De la verja de hierro pende una sotana roja de monaguillo, a manera de gonfolón antifascista. El murmullo de las voces se confunde con el chisporroteo de las maderas.

—Mira que tiene gracia—dice una guapa madrileña de ojos almendrados a otra bella moza que la acompaña. Salta en respuesta una viejecita ochentona, una de esas viejecitas de la España atormentada que se derrumba:

—¿Que tiene gracia? Gracia tuviera si ahí hubiesen colgado al tío pelmazo del sacristán.

—¡Abuela!—exclaman las dos muchachas.

—¡Qué abuela ni qué asustarse! Por algo me lo digo. Desde esa torre disparaban contra las milicias varios «pacos». Y él los dirigía.

Sigue hablando aquella estampa viviente del siglo pasado, cuando se acerca un grupo de guardias civiles:

—Retirarse, compañeros, retirarse. Hay peligro.

¡Dramas horribles de la guerra!

Se aproxima un camión lleno de milicianos. Van a registrar tres edificios de esa misma manzana, desde donde el fuego sobre las calles ha sido continuo. Francisco Carmona Nenclares y yo, que habíamos salido de la revista *Leviatán* media hora antes para llegar urgentemente al periódico *Claridad*, nos agregamos al grupo de los soldados del pueblo.

Queríamos constatar la corrección del nuevo ejército, ejército de voluntarios que no han vivido en los cuarteles, y hemos logrado ver escenas que salvan el prestigio de estos bravos hombres. Respetuosamente han pedido permiso para efectuar el cateo de los departamentos sospechosos.

Una señora se desmaya. Ellos mismos la atienden y arropan. Muebles y papeles de las habitaciones registradas quedan en perfecto orden. A nadie se le ocurre dejarse nada para sí.

Advierto con íntima satisfacción racial que ninguno de aquellos valerosos compañeros ha tomado licor. Los españoles no se emborrachan, no usan aguardiente, no salen del trabajo para dirigirse a la taberna. Una «caña», un vaso de buen vino cuando comen.

Tal vez por eso, en esta trágica guerra civil que desgarrá ferozmente a España, no se ha sabido de una sola violación ni de un atropello de los españoles auténticos contra sus propias mujeres.

Un piso más arriba, Allí vive un capitán del ejército. Se le requiere para que abra. Nadie contesta. Se oyen de pronto tres disparos. Los milicianos rompen la puerta.

Nunca olvidaré aquel cuadro pavoroso: el capitán su esposa y una niña de cuatro años, con los ojos abiertos y las sienas sangrantes, se revuelcan en el suelo. Son los últimos estertores de la agonía. Pocos minutos después el color amarillento de la muerte contrasta con lo rojo de la sangre.

Los milicianos se descubren. En sus fieros rostros tostados hay un gesto de piedad y de pena. Pero la piedad se convierte en un dolor infinito, en una protesta muda contra los provocadores de estas cruentas infamias, cuando de una habitación vecina surge la figura temblorosa de otra pequeña niña, que parece no haber cumplido todavía los ocho años.

Oculábase detrás de una cortina. La tomo de la mano. Está pálida, desencajada, con el horror y el espanto retratados en la inocencia de su semblante. Dice que vió lo que hizo su padre, quien dió muerte a su mamá y a su hermanita. «Yo le pedí de rodillas que no me matara». El capitán, ante las súplicas de esta pobre criatura, no tuvo valor para ultimarla.

En otro piso vivía un suboficial del ejército, quien también estaba «paqueando». Antes de que los milicianos pudieran entrar en su departamento mató igualmente a su mujer y luego se suicidó.

Del alto edificio salieron cinco cadáveres y una niña huérfana que recogieron los vecinos. ¡Dramas horribles de la guerra!

La reacción y la transformación social frente a frente

Durante los últimos días de julio y los primeros de agosto todo en Madrid es agitación y movimiento. Los sublevados no se rinden. En las fragosidades de Somosierra continúan las batallas. Siguen entrando moros y legionarios de los presidios de Europa a territorio nacional. Y los facciosos, con mujeres y niños, con rehenes y prisioneros de ambos sexos, se hacen fuertes en el Alcázar de Toledo, en el Alcázar de Segovia, en iglesias y en palacios de las regiones dominadas.

Hay un entusiasmo indescriptible cuando el Gobierno anuncia que cinco mil mineros de Linares marchan sobre Sevilla, para defenderla de Queipo de Llano. Y en medio de grandes manifestaciones son recibidos en la capital seis mil mineros de Asturias. ¡Vienen a reforzar al pueblo! Inmensas avalanchas, multitudes frenéticas ovacionan a estos trabajadores que fueron los héroes de la revolución de octubre.

El espíritu de aquellos días gloriosos se refleja en los periódicos. Dice *La Libertad*, julio 25: «Estos madrileños que desde el amanecer buscan afanosos los sitios de concentración de milicias, jóvenes menores de treinta años, son los nietos de aquellos soldados que supieron perecer el dos de mayo de 1808. Vivimos la gran fiesta de la libertad. Todo el pueblo es un solo corazón. No se pelea por el presente. Importa más el futuro. Muertos antes que encadenados, tal es la consigna de los jóvenes. España tenía y tiene en reserva este gran tesoro: la juventud. La juventud que va alegremente al combate. No le preocupa morir en la epopeya. Cae con un vítor en la garganta reseca. Tiene el alma llena de luz. ¡Qué hermoso y qué bello sacrificio!»

Claridad, julio 29: «Tenemos en nuestra mesa de redacción la boina roja del cura de Viana. Nos la trajo de Somosierra el tentente coronel Lacalle. Se la quitó al interfecto. Como esa boina había muchas en aquel frente de combate. Eran las de los carlistas navarros, quienes después de acabar por sorpresa con los socialistas indefensos de los pueblos de su provincia, pretendían hacer su entrada triunfal en Madrid del brazo de los moros africanos. Pero no pudieron resistir el ataque de las milicias. Después del ejército de la gran revolución francesa y del ejército de la magnífica revolución rusa, jamás tuvo otro igual la gigantesca misión histórica que está cumpliendo actualmente el pueblo español en armas».